

HISTORIA
DE LA
REVOLUCION
DE SETIEMBRE.

SUS CAUSAS, SUS PERSONAJES, SUS DOCTRINAS,
SUS EPISODIOS Y SUS RESULTADOS.

OBRA QUE ESCRIBEN CON ESCRUPULOSA VERACIDAD HISTÓRICA
Y CRITERIO CATÓLICO

D. EDUARDO MARÍA VILARRASA

Y

D. José Ildefonso Gatell,
PRESBITEROS.

É ILUSTRADA CON LÁMINAS GRABADAS SOBRE BOJ
DEBIDAS Á REPUTADOS ARTISTAS.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA :

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTIFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
calle de Robador, número 24 y 26.
1875.

Cuaderno 18.º

Entregas 139 á 146.

L47
3358

HISTORIA

REVOLUCION

DE SETIEMBRE

M. FERRARI MARIN VIZARRA

Don Juan de los Rios

TOMO PRIMERO



BARCELONA

IMPRIMERIA DE LA LIBRERIA DE LA UNION Y PROGRESO

DEL PASADIZO DE LA PLAZA DE SAN JUAN

Calle de la Unión, número 12 y 13

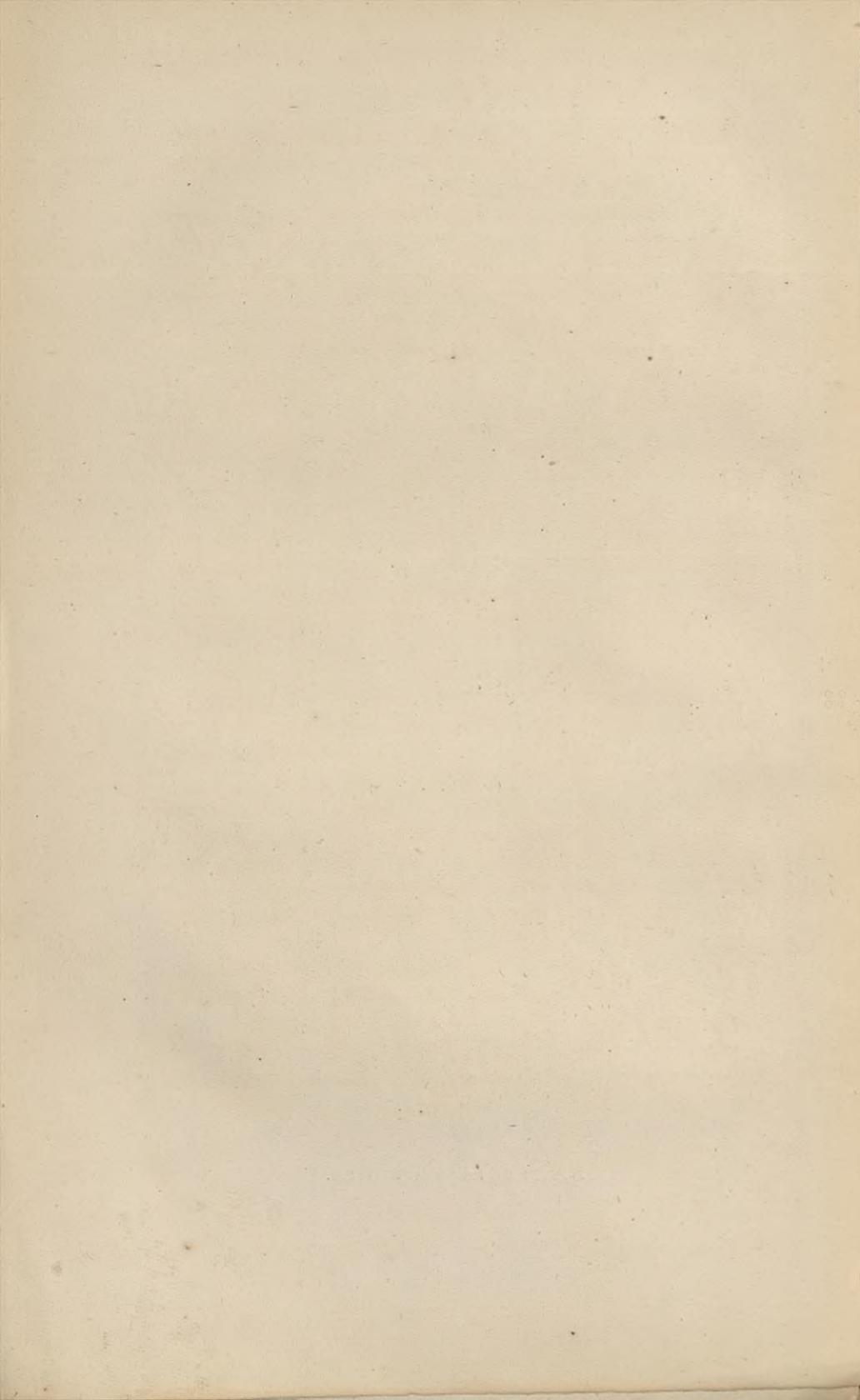
1875

Barcelona - 1875 A. M.

(Número 18)



DOÑA MARÍA VICTORIA.



Madoz y Salmeron, querian por rey al duque de la Victoria; de entre los mismos progresistas, Cantero y D. Cirilo Alvarez estaban por Montpensier.

Posada Herrera ante los unionistas sostiene que la candidatura de un niño, es tan absurda, que ni siquiera debe discutirse, y al defender al de Génova el Sr. Lopez Dominguez, le observa Romero Robledo, que en su carácter de secretario de la Regencia no debe tomar parte en la cuestion.

Ulloa sostiene que con el duque de Génova por rey, la España no será mas que una semi-monarquía, y Ardanaz observa que el país va á decir que niño por niño debe preferirse á D. Alfonso; mientras que Moreno Nieto pretende que un rey menor de la casa de Saboya podia sernos tan fatal como el pacto de familia, mayormente cuando Italia alentaba la idea de Roma capital.

No faltó quien recordase entre los progresistas, que una gran parte de ellos junto con Prim y Olózaga, habian contraido compromisos en favor del duque de Montpensier.

En la reunion de la mayoría, celebrada el 30 de octubre, se acordó hacer dos votaciones, dejando libre el criterio personal de cada uno para la primera, cuyo voto podrian rectificar en la segunda. Así se hizo: en la primera votacion el duque de Génova obtuvo ciento diez y siete votos en su favor y sesenta y ocho en contra, en la segunda alcanzó ciento veinte y ocho en pro y cincuenta y dos en contra.

Se espuso en la secretaría del Congreso lo que se dió en llamar la *lista del enfermo*, es decir, el número de votos que iba obteniendo el duque de Génova. Estos votos no aumentaban; la desconfianza era tal hasta por parte de los genovistas, que sus diarios cada nueva adhesion la anunciaban con bombo y platillos.

¿Pero el duque de Génova aceptará la corona, caso que se la presentemos? El hecho es que ni aun esta cuestion estaba resuelta.

Á lo mejor un parte del *Times* de Lóndres, anuncia que el conde de Rapallo, esposo morganático de la madre del

Duque, «declara que este no está dispuesto á sentarse en el trono español.»

Prim afirma que no debe darse al parte del *Times* la menor importancia. ¿Es por ventura cosa de tan poca entidad una corona real, que el aceptarla ó el rechazarla debe hacérsenos saber en inglés, por un periódico que se publica en Lóndres? Aun cuando fuese cierta la negativa no se nos daría á los españoles un desaire de tal naturaleza, pues desaire, y de mucha gravedad, sería el que las resoluciones de nuestro candidato no se nos comunicaran directamente, ó por medio de las personas que han intervenido en el asunto.

Y era nada menos que ante los representantes del país donde el presidente del Consejo de ministros desmentía de una manera solemne las aseveraciones del *Times*.

Pocos días despues, el conde de Rapallo mismo, decia en un escrito firmado por él: — «*El Times* estaba bien informado cuando hizo su declaracion.»

Ya no quedaba la menor duda de que el esposo de la duquesa de Génova afirmaba que el Duque no aceptaría la corona.

—Esta es una intriga de los montpensieristas, se dijo, los cuales, al verse definitivamente fuera de combate, se empeñaron primero en pretender que el conde de Rapallo tenía mucho interés en poderse venir á España con D. Tomás; ellos fueron los que para ridiculizar al Conde hicieron circular el rumor de que habia estado en Madrid para agenciar la candidatura, y este, por delicadeza, para que no se le acuse de miras personales, se apresura á hacer la tal declaracion.

No obstante, el hecho es que la declaracion se hizo.

—Pero ¿quién es el conde Rapallo? ¿Quién le autoriza á él para hablar en nombre del hijo de su esposa? dijeron los genovistas.

—Pero ¿no ven Vds. que la duquesa de Génova nos va á decir lo mismo que el Conde, pues no es de suponer que sea

solo por cuenta de este que haya hecho una declaracion semejante? observaban los conservadores.

Así era en efecto: tampoco la Duquesa consentia.

Y lo peor del caso estaba en que el cetro español ni aun lo queria el mismo Duque.

—Es que rehusa cediendo á la presion de su madre, se contestaba; á no ser así, ya se ve que un jóven como D. Tomás no renunciara el ser nuestro rey, que despues de todo es la carrera de menos trabajo y mejor pagada á que puede aspirar.

Quedaba la esperanza de que, aun no queriéndolo ni el conde Rapallo, ni la Duquesa ni el Duque mismo, lo quisiese el rey Víctor Manuel. Si este lo desea, está salvado todo, porque entonces no hay mas que á ese niño cogerle de una oreja, y hasta á pesar suyo, hacerle sentar en el trono español.

El general Prim aseguró con su acostumbrado aplomo, que el rey Víctor Manuel se habia comprometido á hacer que el duque D. Tomás aceptase la corona, con tal que tuviese en su favor la mitad mas uno de los votos de las Cortes.

Pero á poco de esta declaracion del general Prim, *Las Novedades*, periódico que podia saber cómo pensaban los agentes de la candidatura, que eran un Mr. Martin, ó el conde de Montemar, manifestó que podria ser muy bien que Víctor Manuel sus declaraciones no las hubiese hecho por escrito, sino tan solo de palabra, y que se hubiese tomado por afirmaciones formales, lo que en el fondo no era mas que alentar esperanzas. Á decir verdad, la declaracion de Víctor Manuel no constaba en ningun documento.

Parece que de lo que Víctor Manuel trataba, era solo de no desairar á los revolucionarios españoles, á los que le unian ciertas simpatías. Hubiera deseado que estos abandonasen la candidatura, pero de modo que no resultase en desprestigio para los que se empeñaron en ella. Así lo aseguró *El Times*, á quien podia creerse bien informado, el

cual expresó su convicción de que en último resultado Víctor Manuel haría que un príncipe de su sangre no fuese entregado «á la confusión de una sociedad desorganizada, torbellino de rudas fracciones, para ser zarandeado por las furiosas olas, fácil presa de la intriga ó víctima de la violencia, y con no mejor perspectiva que la de Oton de Grecia ó la de Maximiliano de Méjico.»

Un diario ministerial de Florencia, que conocía bien los propósitos del palacio real, en un artículo en que se ocupaba de las razones que tenía la casa de Saboya de estar agradecida á la divina Providencia, era el que hubiese *fracasado la candidatura del duque de Génova al trono de España, librando así al augusto niño de un triste fin y á Italia de graves complicaciones.*

Á pesar de todo, los genovistas persistían en su empeño. — Todo depende, dijeron, de un consejo de familia. Se le hará aceptar la corona al Duque, si se puede contar con una votación algo numerosa en su favor, y sobre todo con la voluntad del país.

Era menester, pues, trabajar por todos los medios para que el país manifestara, no ya su voluntad, sino su entusiasmo en favor del candidato de los progresistas y radicales.

Para preparar las manifestaciones populares en favor del duque de Génova, resolvióse que fuese á visitar las provincias uno de los ministros. Nadie con mejor derecho y con mas recomendables cualidades para tal cometido que el señor Ruiz Zorrilla. Eso de promover manifestaciones el señor ministro, á fuer de buen progresista, creía entenderlo. Los miembros del gabinete se decidieron con facilidad en su favor, pues como se trataba tambien de no descontentar enteramente á los republicanos, el que habia de serles á estos menos antipático se juzgó que era el Sr. Ruiz Zorrilla, á quien por sus hábitos, por su elocuencia especial y por sus preocupaciones antireligiosas muchos federales podían llegar á tomarle como uno de los suyos. Sabido es que el

Sr. Ruiz Zorrilla, para pretender que era monárquico y que de veras amaba la institución monárquica, hacíase menester que lo dijese con mucha formalidad, pues así y todo muchos no lo creían.

Esto que hubiera sido una contrariedad tratándose de conservadores, constituía una ventaja tratándose de radicales y republicanos. ¿A quien ha de hacer miedo un monarca recomendado por el Sr. Ruiz Zorrilla?

El negocio estaba, pues, en excelentes manos. El señor Ruiz Zorrilla con aquel género de oratoria que él se ha hecho para su uso, iba á pasear por las provincias haciendo altisonantes panegíricos de la libertad y dirigiendo filípicas tremendas contra el clero. ¿Quien no habia de entusiasmarse? Pasear el Sr. Ruiz por la península y oirse de un extremo á otro de la España el grito unánime de ¡Viva el duque de Génova! habia de ser una misma cosa.

«Que venga D. Manuel, escribía un radical desde Barcelona, y yo aseguro que habrá aquí una explosion de entusiasmo cual pocas veces se haya visto. Italia y el mundo van á persuadirse de que, á pesar de carlistas y moderados, aquí no ha de haber mas rey que el duque de Génova.»

En este mismo sentido se expresaban desde Valencia algunos partidarios de la situación.

Empieza, pues, el Sr. Ruiz Zorrilla su viaje.

Conforme el plan concertado, al llegar á Albacete, dijo: «que estaba dispuesto á proteger al clero parroquial y á sentar la mano al alto clero que tiene grandes rentas y no trabaja.»

Habló mucho de derechos y de libertad; y en esto fue aplaudido; pero al recomendar al duque de Génova tuvo él mismo que reconocer lo mal acogidas que eran semejantes indicaciones.

En Valencia al encargado de preparar la candidatura del duque de Génova se le recibió á los gritos de ¡Viva la república federal! de lo que hubieron de resultar algunas prisiones hechas por la policía.

Á poco de hallarse en Valencia el señor ministro decia un periódico de la localidad:

«Dijose ayer, aunque no sabemos si resultará cierto, que el Sr. Ruiz Zorrilla marcha hoy mismo á Tarragona, no queriendo detenerse mas dias en Valencia como deseaban sus amigos. No lo estrañaremos, pues no debe estar muy satisfecho el ministro del frio recibimiento que ha tenido en nuestra ciudad, contra lo que le hacian esperar amigos imprudentes.»

Llega el Sr. Ruiz Zorrilla á la capital de Cataluña. El viaje hasta entonces no habia tenido nada de triunfal; al señor Ruiz Zorrilla le sobaban motivos para estar descontento de su expedicion. Al llegar á Barcelona ve en los alrededores de la estacion una gran multitud de gente. Pudo creerse que eran los que le esperaban para hacerle un gran recibimiento, pero bien pronto se oyen gritos de ¡ Viva la república federal! ¡ Abajo Ruiz Zorrilla! ¡ Fuera el duque de Génova! ¡ No queremos reyes extranjeros! El tumulto fue tomando un carácter algo imponente. El coche del señor ministro se dirigió á todo correr hácia la casa municipal, pero sin poder evitar que numerosas turbas fuesen siguiéndole dando los gritos mas subversivos.

Ocasion hubo en que el Sr. Ruiz Zorrilla llegó á correr verdadero peligro, pues pudo temerse con razon que las turbas se precipitasen sobre el coche, al que echaron una botella llena de un líquido inflamable. Ya en la casa del ayuntamiento, mientras el Sr. Ruiz Zorrilla se reponia de las impresiones que hubieron de producirle semejantes escenas, oíanse en la plaza de la Constitucion los gritos desahorados de las masas, que continuaban en actitud nada benévola con el señor ministro. Un concejal bastante conocido entre los radicales, se apresuró á tranquilizarle diciendo:

— Estos gritos son las últimas oleadas de la reaccion, que se estrellan contra los muros de esta casa.

Despues de algunos discursos de cajon, en que habló de reformas del clero, de derechos ilegislables y otras cosas por

el estilo, dióse bastante prisa en dejar la capital, donde su venida no conquistó ni una sola voluntad en favor del duque de Génova.

El señor ministro, hondamente apesadumbrado, viendo que él, que se había creído estar en las avanzadas del liberalismo era tratado peor que el último reaccionario, no podía dominar la triste impresion que le produjo el recibimiento de Barcelona. Sabía bien que lo que acababa de pasar en la capital de Cataluña no era obra de la reaccion.

En Zaragoza, hablando ya el Sr. Ruiz de la misma manera que lo hubiera hecho el conservador mas recalcitrante, decia «que tanto en la vida social como en la vida política, las impaciencias no conducen sino á la ruina y á la desgracia del que obcecadamente las abraza,» que «no hay ningun hombre que no comprenda que los pueblos como los individuos no llegan mejor al fin de su camino por marchar mas aprisa.»

No se veia en las frases del señor ministro nada mas que quejas amargas que no podian producir el menor resultado, porque tambien él fue del número de los *impacientes*, tambien él tomó parte en impaciencias *que no conducen sino á la ruina*, tambien él fue de los que no comprendieron *que los pueblos como los individuos no llegan mejor al fin de su camino por marchar mas aprisa.*

Sobrescitado por los hechos que presencié en Barcelona, el señor ministro dolíase de la impopularidad en que había caido el partido progresista, de las prevenciones y hasta odios de que era objeto de parte de agrupaciones políticas mas avanzadas:

—«Triste es decirlo, pero debe decirse para que lo sepais, y quede grabado en la conciencia de los pueblos. En Valls había muchos moderados, muchos neo-católicos, que los unos oprimian á los liberales, y los otros querian con su conducta fanatizarlos; pues bien. ¿Sabeis qué archivos han quemado? ¿Sabeis qué mujeres han violado? ¿Qué hombres han asesinado? Las casas de los progresistas.»

«Pobre partido liberal —añadia,— que al verse fraccio-

nado, sorprende á una de las fracciones haciendo causa comun con aquellos que no han tenido mas que palabras de esterminio para la libertad... Observad un fenómeno que pasa, y por el que lloro todos los dias; se respetan y se copian los escritos de los periódicos para combatir lo que ellos llaman el Gobierno. No parece, señores, sino que los hombres que estamos en el poder hemos caido del cielo, sin que nada hayamos hecho en bien del pueblo, en pro de la libertad.»

Mucho tardó el Sr. Ruiz Zorrilla en observar lo que hacen siempre las oposiciones, y lo que habria hecho él mismo con los gobiernos en que no figuraba; pues tambien los periódicos en que tomara parte copiaron sin duda para combatir al Gobierno los escritos de otros periódicos que no eran de su escuela, como hicieron mas de una vez sus amigos políticos causa comun con banderías completamente opuestas á la suya.

Aun no hubo llegado Ruiz Zorrilla á Madrid; no pudo todavía haberse teleografiado á Italia que la expedicion del ministro habia producido los mas excelentes resultados, que todo iba á pedir de boca, y que el país unánimemente solo deseaba la incomparable dicha de ser regido por D. Tomás, cuando se recibe un parte diciéndonos que todo es trabajo perdido, pues el duque de Génova ya no viene.

Descartado ya el duque de Génova, no queda mas recurso que volver de nuevo á Portugal.

Esta vez se asegura que D. Fernando aceptará, que existen documentos de los cuales así se desprende; pero á lo mejor se desvanecen tales ilusiones con una carta del candidato portugués dirigida al conde de Alte en Madrid, en la que se duele de que le pongan en el caso de reiterar oficialmente su negativa, despues de haber declarado con tanta insistencia que nunca aceptaria la corona de España.

Frustrada otra vez la candidatura de D. Fernando, el general Prim propone que tal vez el rey de Pórtugal aceptaria la corona española para su hijo mayor, que á la sazón tenia

seis años, en cuyo supuesto, á fin de no inspirar temores á su familia, que se opondría á que el niño estuviese bajo la tutela de algun español, podría venir de regente D. Fernando. Tambien esta combinacion es rechazada en Lisboa.

Ya que no se podia contar con la aquiescencia de la familia real portuguesa, buscáronse otros elementos fuera de la corte. Se confiaba entonces en Saldanha, á quien se creia dueño de la situacion en el vecino reino.

Llegó á poderse organizar en Portugal alguna manifestacion en favor de la union ibérica. Sérios desórdenes habidos en aquel país el 19 de mayo de 1870 se explicaron en este sentido, hablándose de ciertos manejos del representante español, Sr. Fernandez de los Rios.

La prensa de Portugal, la aristocracia, el pueblo, todas las clases de la sociedad portuguesa protestaron enérgicamente contra todo proyecto de union á España. La Cámara de aquella nacion juró, como *un solo hombre*, combatir por todos los medios todo lo que pudiese favorecer una solucion que les era altamente antipática, y se hizo entender al ministro español en Lisboa, que se hacia necesario que España diera inmediatamente terminantes explicaciones para calmar la agitacion de los ánimos.

No hubo mas remedio que hacerlo así. El Gobierno español declaró que no habia tenido intervencion alguna en lo acontecido en Portugal en la mañana del 19 de mayo.

Apurada era la situacion de nuestros hombres públicos al encontrarse con una monarquía sin monarca. Semejante resultado podia favorecer las miras personales de algunos ambiciosos; pero los monárquicos de la Revolucion representaban un papel desairadísimo.

Se habia apelado á todos los medios; primero, un rey, á quien se le ensanchaban sus dominios; despues varios príncipes. No se recibió mas que una série de negativas, ninguna de ellas halagüeña para el honor español. Para Méjico se encontró un hombre; para España no se encontraba si-

quiera un niño. Es un hecho que bastará él solo para formar juicio acerca de la Revolucion de Setiembre.

Y esta corona, que nadie queria en el extranjero, se pensó entonces en darla á un español. Pero ¿dónde estaba este español, que por sus antecedentes, por su representacion histórica pudiera inspirar bastante respeto al país, para que se inclinara ante su persona? ¿En qué frente brillaba el gran talento político que revelase la majestad del monarca? ¿Qué espada ilustre guardaba el recuerdo de glorias nacionales tan grandes, que España pudiese ver en el que la ciñera la personificacion de la potestad régia?

Sin tomar parte en los acontecimientos desde 1856, retraido de la vida pública, olvidado en un rincon de España hallábase el duque de la Victoria. Allí, en Logroño, léjos de las agitaciones políticas, en calidad de monumento histórico le circunda á Espartero una auréola de veneracion universal.

Por su genio, por sus condiciones de carácter, por su inteligencia política ó habilidad diplomática, nos guardaremos de ponerle en parangon con Narvaez, ni con O'Donnell; mas para toda persona imparcial, por muchas que sean las faltas de la vida militar y política de Espartero, su figura cobra mayores proporciones desde la Revolucion de Setiembre al compararle por su dignidad y por su consecuencia con esa série de notabilidades, cuyo temple de alma ha sido puesto á prueba al pasar por la altura del poder durante estos últimos seis años.

Pudo tener contra Isabel II resentimientos personales; pudo abrigar contra la Reina las prevenciones propias del partido á que estaba afiliado; pero Espartero, como español, consideraba el trono de Isabel de Borbon como una tradicion histórica, como una institucion nacional, como la clave de nuestro edificio social; él no formó parte en las conjuraciones contra la dinastía, tuvo bastante buen sentido para considerar como un atentado el tocar al *sancta sanctorum* de la institucion monárquica.

Pudo reconocer despues el hecho consumado por la Revolucion y hasta aceptar mercedes que emanasen de este hecho; pero tal debilidad de un hombre agobiado por el peso de los años se presenta algo escusable, cuando se considera su completo retraimiento de la política durante estos años, y se comparan estas debilidades de un anciano con las apostasias de tantos otros personajes que vienen figurando en este triste período de la historia de nuestra patria.

Á la comision que, presidida por el Sr. Madoz, se presentó en la capital de la Rioja, Espartero contestó con un *no* redondo. El duque de la Victoria, que está tan ufano de sus glorias militares, creyó que elegirle rey hubiera sido hacerle caer en el ridículo mas abrumador.

Es notable el empeño de los revolucionarios de tener un rey por fuerza. No obstante la negativa del duque de la Victoria, persisten en su propósito. El ilustre soldado de Luchana escribe á Prim diciéndole resueltamente que no aceptará; pero esto no impide que se forme una comision compuesta de Salmeron, Ulzurum, Barrepechea, Villavicencio y García, de los Sres. Henao y Miralles, como directores de la *Independencia Española* y del *Eco del Progreso*; que los Sres. Madoz, Delgado y Contreras tengan con este objeto entrevistas con el general Prim, y que se trate de volver á Logroño para persuadir al Duque.

Nunca hemos creido viable la candidatura de Espartero; pero de todas las propuestas es menester convenir en que era la menos absurda.

Sobre D. Luis de Portugal tenia la ventaja de ser español, de haber derramado su sangre por nuestra patria; la candidatura de Espartero era mas decente que la de D. Fernando, y comparada con la del duque de Génova, muchacho de quince años y la del hijo de D. Luis, que no tenia mas que seis, fuerza es convenir en que era preferible la del duque de la Victoria, rodeado cuando menos de la majestad de sus canas.

Lo que no era honroso para Espartero es querer hacer de

él un rey de teatro. Nosotros que no sentimos hácia él apasionamiento de ninguna clase, no podemos menos de censurar el que fuesen sus amigos los que trataran de hacer de él un ídolo. Á saber que Espartero era hombre de genio privilegiado, de gran talento, ó de vigoroso carácter, de seguro que no hubieran hecho de él su apoteosis. Le constituyeran un ídolo los que partiendo del supuesto de que un ídolo no piensa por sí, que carece de movimiento propio; querian ellos ser los augures de este ídolo; y esperaban que tras la palabra de la sibila que diria: *Cúmplase la voluntad nacional*, pudiesen escudarse ellos para que la voluntad nacional fuese únicamente la suya.

En su soledad de Logroño, en el retiro de su hogar, y en esas horas de la vida en que las cosas personales se ven bajo mejor punto de vista y es menos espesa la niebla de ciertas pasiones, Espartero conoció que no merecia un trono. ¿Fue solo una preocupacion hija de la modestia?

Trazemos brevemente su biografía.

Sucede con Espartero lo que con todos los hombres de partido: para unos aparece con todos los caractéres del genio, para otros es una nulidad; los unos se explican su elevacion por sus dotes de valor, de inteligencia y de carácter, mientras que otros la califican de capricho injustificable de la ciega fortuna. Tiene partidarios decididos para los cuales no hay general tan ilustre como Espartero, no hay político mas consecuente, mientras que los que contemplan su figura al través de un prisma diferente hacen con él lo que con todos los jefes de partido, á quienes se atribuye no solo sus defectos propios sino todos los de la bandera bajo la cual milita.

Nosotros desde la altura de nuestra independenciamos vamos á delinear su figura, sin que nos deslumbre su elevacion; pero tambien sin exagerar sus debilidades, escribiendo como escribimos, no para un partido, sino para la historia.

El nombre que circuye á Espartero como de una auréola de gloria no lo debe á su cuna; es obra exclusivamente suya ya que su padre no era mas que un humilde carretero

de Granátula, poblacion de cuatrocientos vecinos, que pertenece á la Mancha. Tampoco debe á precedentes de familia sus aficiones liberales ni las preocupaciones irreligiosas de su partido; pues nacido en 1793, es cosa sabida que en aquella época, personas de la posicion de su padre no pensaban sino en ser fieles á su rey y adictos á su religion. Testimonio de la religiosidad sus padres es, que Espartero tuviese tres hermanos que habian vestido el hábito religioso, y una hermana monja.

Por una de esas ilusiones tan comunes en los padres, la viveza natural del niño Joaquin Baldomero, que este era su nombre, la atribuyeron á talento, y se le creyó apto para las letras. Estudió latinidad en Granátula, y despues filosofía en Almagro, á la sombra de su hermano fray Manuel, religioso de la órden de Santo Domingo. El silencio de las velas, la quietud de las tareas escolares no se adaptaba á su travesura; sentíase aburrido en la monotonía del estudio; hallábase fuera de su atmósfera. Al estallar la guerra de la Independencia, el muchacho vió abrirse para él su verdadero horizonte. Hablábase entonces de guerra en todas partes, en las clases, en los sitios públicos, hasta en el claustro de su tío; el muchacho se entusiasmaba al escuchar el relato de cualquier episodio, interesábase por los detalles mas pequeños. Dejar el estudio para hacerse soldado en otras ocasiones se hubiera calificado de calaverada; pero entonces era un acto de patriotismo que todo español tenia obligacion de aplaudir. Á Baldomero le parecia una posicion mas adaptada á sus instintos estar con un fusil apuntado contra un francés que hallarse sentado en un aula con los brazos cruzados, escuchando las para él pesadas é inútiles explicaciones de un profesor. Bien se adivina el gusto con que saldria de la celda de su tío para entrar en un cuartel; cómo rompería el círculo de hierro de la obediencia, donde un carácter como el suyo se sentia ahogado, para ir á correr las aventuras de un campamento; y el que despues de haber oido hablar por dos años seguidos de Platon y de Aris-

tóteles no había sabido amarlos, supo odiar á los franceses en el instante mismo en que oyó hablar de ellos.

Sentó plaza en el batallon de Ciudad Rodrigo, pero quiso pasar luego á uno de los batallones que formaban los estu-
diantes con el título de Voluntarios de Honor ó Cuerpos Sa-
grados.

Aunque no faltó jamás á los deberes de la disciplina, la obediencia pasiva del soldado no era de su gusto; deseaba mandar, y entró en la academia militar que se estableció en la isla de Leon, donde estudió con algun aprovechamiento matemáticas, fortificacion y dibujo.

Mas adelante fue admitido en el colegio de ingenieros, que se fundó en Cádiz, mas ni por sus hábitos escesivamente libres, ni por la clase de vida que traia habia de adelantar gran cosa en unos estudios que eran para él demasiado for-
males.

Sin resentirse del desaire unánime que experimentó en una asignatura, resolvió dejar la academia para pasar á servir de subteniente en el regimiento provincial de Soria, pa-
reciéndole á él que para matar franceses no se necesitan largos cálculos, como no se necesita profundizar mucho la geometría para persuadirse de que la cabeza de un francés descansa sobre sus hombros.

Amante de variar, solicitó pasar á América. Para un jó-
ven de su edad América era un país ideal, una region fan-
tástica; deseaba ver aquel nuevo mundo, respirar aquel nuevo aire, vivir aquella nueva vida, y creia que allí le se-
ria mas fácil ascender en su carrera.

Á mediados del año 20, las tropas expedicionarias tuvie-
ron noticia de que Fernando VII habia jurado la Constitu-
cion. Entabláronse entonces serias disidencias entre los je-
fes y oficiales. Aquellos militares que no debian pensar allí sino en defender la integridad del territorio español, fijaron su atencion en las discordias de la política, en la que ellos ni siquiera podian intervenir á tanta distancia declarándose unos por el Rey y otros por el Código del año 12, estando

entre estos últimos el jóven Espartero, á quien agradaban las innovaciones. La patria llora todavía el resultado de los partidos que allí se crearon, pues tras de ellos vino la indisciplina, y no faltaron muchos jefes españoles que, escitados por tales discordias, hallaron pretexto para obedecer á su codicia ó á su ambicion de mando, ya concertándose con los rebeldes, ya pasándose á sus filas, ya entregándoles fortalezas.

Espartero no faltó á la fidelidad á la patria. Debiéndose entregar la plaza de Oruro, vino la perfidia en conocimiento de Espartero, cuando este era ya comandante, y supo desbaratar y castigar severamente á los traidores, siendo fusilado un capitan encargado de que se sublevaran los batallones.

Por su bravura, su olvido de sí mismo, su amor á los riesgos y su desprecio á la vida adornaban á Espartero indisputables cualidades de militar. Teniendo ya un mando superior, herido por tres balazos, se atrevió aun á batirse cuerpo á cuerpo con uno de los jefes enemigos y darle muerte. No estaba repuesto de las heridas, cuando al saber que se habia reproducido la lucha en Moquehua, salta del lecho, monta á caballo y consigue nuevo triunfo que le valió ascender á coronel efectivo.

Despues de una comision que vino á llenar en la Península, cuando desembarcó en el puerto de Quilca, grande fue su sorpresa al saber que aquel territorio que habia dejado en poder de españoles, ya no pertenecia á su patria; que habia sido allí humillada la bandera española, y que él, solo por ser español, era tratado como espía, encerrándosele en un calabozo para que aguardara la suerte del brigadier Echevarría, cuyo fusilamiento por los insurgentes coincidió con la llegada del jóven coronel. Tuvo la buena fortuna de que se empeñaran en su favor D. Facundo Infante y D. Antonio Seoane, que habiéndose puesto de parte de los insurgentes estaban en disposicion de obtener gracia en su favor.

Tras de los duros sufrimientos de la inmunda cárcel en

donde estuvo, vinieron las privaciones de un hospital á donde tuvo que ir á reponer su salud gravemente quebrantada.

Restablecido ya, no pensó en otra cosa que en volver á España. Pero le faltaba dinero. Acudió á un recurso de que solia echar mano con demasiada frecuencia. Idólatra de la fortuna, él solia adorarla en todo, en los percances de su vida, en la guerra, hasta en el juego. En las luchas del juego el coronel se apasionaba como en las luchas del campo de batalla; en torno de una mesa trababa allí con el juego de azar una especie de duelo á muerte, pues no se daba por satisfecho hasta haber perdido el último maravedí ó haber hundido á su adversario en la ruina. En otra ocasion habia ganado á un jefe superior la friolera de 6000 onzas, si bien con una generosidad que no es rara en los hombres de la carrera, perdonó su deuda al adversario. Esta vez ganó á un alemán 16000 pesos fuertes.

Los militares venidos de América traian al volver á la Península el recuerdo de las desdichas de la patria; no debe estrañarse, pues, que se les mirase con prevencion. Espartero tuvo la misma suerte de los demás; al llegar á España fue declarado de cuartel.

Hallándose en Pamplona empezó á fijarse su vida doméstica, uniéndose en matrimonio con D.^a Jacinta Sicilia, hija de un rico comerciante de Logroño.

En 1830 tomó el mando del regimiento de Soria, con el cual pasó de guarnicion á Barcelona, á las órdenes del conde de España, trasladándose despues á Palma, donde persiguiendo sospechosos, sentenciando conspiradores, obró como lo hubiera hecho un decidido realista.

Donde se adquirió el nombre de que disfruta fue durante la guerra civil, á cuyas peripecias se lanzó con valor, desembarcando á este efecto en Valencia el año 1833.

Al escitársele daba pruebas de una severidad que llevaba á veces á los últimos extremos. Tenia á sus órdenes un cuerpo de vascongados que se llamaban los *chapelgorris*. Estos se permitieron muchos desmanes que en un principio

no se impidieron como hubiera debido hacerse. En varias ocasiones Espartero se manifestó indolente; pero cierto día, tratándose de un hecho parecido, trató de instruir la correspondiente sumaria. No se pudo dar con los verdaderos delinquentes, ya que los que hubieran podido denunciarles estaban ligados por los juramentos de las sectas secretas. Esta circunstancia favorecía los atentados asegurando la impunidad. La repetición de tales crímenes obligó á Espartero á sacar á los *chapelgorris* de Vitoria, y reuniéndoles cerca de Gomecha, les intimó á que señalaran los delinquentes. Nadie correspondió á la invitación; permanecieron todos en el mayor silencio, sin que fuera posible dar con los criminales. Espartero irritado, con la voz enronquecida por la cólera, grita:

—«Este batallón es la deshonra de toda la división, de todo el ejército, de la nación entera. Antes de anoche han robado la iglesia de Ulibarri, habiendo hecho lo propio en la Bastida. Ó se descubre todo, ó yo acabo con esta pandilla de asesinos.» Á la nueva intimación sucedió el mismo silencio. Se practica un reconocimiento; pero no se hallan más prendas que un rosario de plata y un candelero de metal.

Manda Espartero poner las armas en pabellón, y rodeando á los *chapelgorris* con otras fuerzas, son diezmados inmediatamente.

Sin ser un estratégico, valiendo poco como hombre de arte, tenía sin embargo aquel sentido práctico, aquella perspicacia, y sobre todo aquel arrojo que sirve de mucho en circunstancias críticas.

Fuerza es confesar que fue también soldado de fortuna; salió en bien de lances que hubieran podido tener un éxito desastroso; no es extraño, pues, que en poco tiempo se le viese subir en la milicia á los puestos más eminentes.

Los carlistas cifraban en la toma de Bilbao las más halagüeñas esperanzas. Tomada Bilbao, decían, los Gobiernos que no reconocen á Isabel II reconocerán á D. Carlos. Obtendremos mucho dinero, habremos ganado mucho en fuerza moral:

teniendo Bilbao serémos pronto dueños de toda España.

Con esta persuasion, D. Carlos puso particular interés en apoderarse de aquella plaza, destinando á este fin poderosos elementos.

El general carlista Eguía se apodera del fuerte de Banderas, quedando prisionera su guarnicion; las tropas liberales que guarnecen el de Capuchinos tienen que abandonarlo, pero al retirarse caen casi todos en poder de los sitiadores; los defensores del convento de San Mamés capitulan tras de seis horas de fuego, y despues los de D. Carlos toman tambien posesion de los fuertes del Desierto y de Burceña, quedando el 12 de noviembre dueños de todos los puntos que dominan á Bilbao.

Se escoge para el ataque principal el convento de San Agustin. Catorce piezas estuvieron vomitando sobre él un fuego horroroso el dia 17 de noviembre. Cuando estaba ya en gran parte reducido á escombros tratan los carlistas de asaltarlo, pero inútilmente; se repite el asalto el dia 22, mas tambien sin éxito. El 27 los carlistas logran ocupar una parte del edificio entrando en él sigilosamente. En vista de que no era posible recuperarlo, el gobernador militar de Bilbao y comandante general de la provincia, brigadier D. Santos San Miguel ordena entregar el edificio á las llamas; pero los sitiadores logran cortar el incendio. Eguía propone una capitulacion que no es aceptada. Los sitiados se veian en los mayores apuros; los generales sitiadores pensaban ya minar la plaza; todo lo que se hiciese no podria ser mas que los inútiles esfuerzos de la desesperacion, cuando se tiene noticia de la llegada de Espartero.

Los isabelinos se reanimaron, y por un momento Bilbao pudo creerse salvada. Pero transcurrian dias y mas dias, y las tropas de la Reina no habian podido salvar los fuertes obstáculos opuestos por los carlistas para que Espartero pudiese acercarse á la plaza. En vano los sitiados hacian saber á este la necesidad apremiante que tenian de un pronto auxilio, si habia de salvarse Bilbao.

En esta situación se pasó mas de un mes.

Á las faldas de la cumbre de Banderas, trabóse el dia 24 de diciembre un rudo combate. Pronto se llegó á la bayoneta; tampoco se pudo desalojar á los carlistas de sus posiciones. En cambio, los isabelinos habian tenido grandes pérdidas. El baron de Meer y su segundo el brigadier don Froilan Mendez Vigo se hallaban heridos. Dominaba aquel dia uno de aquellos temporales tan comunes en el Norte; la nieve envolvía multitud de cadáveres, y para colmo de infortunio, el general Espartero se hallaba en cama. Se le presenta el general Oráa, le hace saber lo que sucede, le describe con verdadero colorido la catástrofe que estaba sufriendo el ejército, y lo desesperada que iba á ser su posición si al amanecer el nuevo dia el enemigo lograba hacerse cargo de la desventajosa posición de los isabelinos.

Al oír este relato, Espartero salta inmediatamente del lecho, se viste con precipitación, monta en seguida á caballo, y se dirige volando al sitio del combate. En Espartero brillaba en tales momentos esta mirada de fuego que fascina al soldado; su palabra, aunque bastante brusca, tenia lo que debe tener la palabra de un general, que es el poder arrastrar en pos de sí grandes masas de soldados, dispuestas hasta á echarse á un precipicio en pos de él. Se presenta en medio del campamento, y espada en mano grita con imponente voz: *¡A vencer ó á morir! ¡Viva Isabel II!* Espartero se pone al frente de las tropas que con la bayoneta calada y pisando montones de cadáveres, pudiendo apenas abrirse paso por entre la nieve, se lanzan briosos contra los carlistas. Eran las doce de la noche del dia de Navidad. El huracan, azotando con la nieve que caía el rostro de los combatientes, confundía sus siniestros silbidos con el gritar de los soldados, con el redoble de los tambores y el tañido de lejanas campanas que anunciaban la Noche Buena. Era aquello un estruendo el mas horroroso. Se empeña la acción en un pequeño puente situado junto al caserío de Luchana. Espartero lo pasa el primero, y tras de él corren los isabelinos.

no sin sembrar el terreno de cadáveres. Los carlistas empiezan á desalentarse; el desaliento se convierte pronto en retirada, y despues en precipitada fuga. Bilbao acababa de salvarse, pero quedando ocho mil hombres fuera de combate.

Espartero recibió por esta victoria el título de conde de Luchana.

En 1837 le vemos arrastrado á los azares de la vida política.

Enagenado con sus triunfos militares, Espartero hasta entonces no habia pensado en otra cosa que en ornar su frente con los laureles que se recogen en el campo de batalla, que recrearse en la embriaguez de la victoria. Nunca habia pensado en ser político; le bastaba con ser militar.

Si la política hubiese sido considerada como el arte de gobernar la nacion, sin duda jamás se hubiese pensado en el general Espartero. ¿Qué cualidades le adornaban para ser hombre político? Se necesita para ello carácter, fijeza de principios, conocimiento de los hombres, un estudio sério de las épocas y de las costumbres, ¿de dónde le habian de venir al héroe de Luchana tales conocimientos? Á Espartero le cuadraba mas la franqueza del soldado que la habilidad del diplomático; él sabia ceder á los arranques del general que, en horas críticas, por un movimiento peligroso, sabe asegurar el éxito de una batalla; pero no se adaptaba á su temperamento la reposada meditacion, el frio cálculo del hombre de Estado que, antes de dictar una medida, estudia bien todo su alcance y se hace cargo de las circunstancias.

Se le hizo creer que basta ser un gran general para ser por esto solo un grande hombre, y poniéndose siempre de por medio el amor propio en semejantes ilusiones, nada tiene de particular que el que fue el salvador de Bilbao en 1836, se creyese poder ser el salvador de España, y que aquellas arengas de cuartel que comenzaban con el célebre *¡Compañeros de armas y fatigas!* podian convertirse en discursos de parlamento.

Pero la política en nuestro país deja de ser con mucha frecuencia el arte de gobernar, para convertirse en arte de explotar; creyóse que la reputacion de Espartero era materia explotable, y esta vez le explotaban los moderados.

Por un movimiento atrevido, el ejército de D. Cárlos se lanzaba hácia Madrid, habiendo llegado cási á sus mismas tapias. Mucha fue la sorpresa que experimentaron los isabelinos al verse amenazados en la capital. Pero en vez de prepararse contra el comun adversario, la agitacion que este hecho produjo se aprovechó para fomentar las ambiciones de la política, y en lugar de ocuparse en defender Madrid, los políticos se ocupan en la manera de derribar al ministerio Calatrava-Mendizábal.

Espartero se dirige con sus tropas á contener el ímpetu de los carlistas, quienes no tardaron en convencerse de que estaban fuera de su terreno natural, y que no hallándose al abrigo de las fragosidades del Norte, ni contando con las ventajas que les proporcionaba su territorio propio, podian experimentar una catástrofe irreparable.

Á dos leguas de la corte sale Seoane al encuentro de Espartero para disuadirle de que entrara en Madrid. Todos los infortunios de la guerra se atribuian al ministerio; en cambio, todas las glorias se adjudicaban al conde de Luchana. Acusaban además al gabinete, y con bastante razon, de dejar desatendidas las mas precisas atenciones del ejército que se batia con tanta bravura en favor de la causa de la Reina. Juzgóse que el ir á Madrid aquellos oficiales del Norte contra quienes habló el ministro Mendizábal en pública asamblea, era ocasionado á un conflicto; se temió que al pasar por las calles de la capital harapientos, descalzos aquellos soldados que derramaban en el Norte tan generosamente su sangre, mientras que los hombres de la situacion disfrutaban en deliciosos palacios, bastaria esto solo para hacer caer á los ministros de sus poltronas.

Espartero, halagado por los que exageraban su importancia, y en vista de que ya Zariátegui, alejándose de Madrid

con sus tropas no podia inspirar el menor recelo, se empeñó en querer entrar en la corte, desentendiéndose de todas las insinuaciones y de todos los mandatos, mayormente cuando se le habia hecho creer que se le preparaba en la capital una ovacion brillantísima.

Acogido entre las estrepitosas aclamaciones de la muchedumbre, fué á ver á la Reina gobernadora. D.^a María Cristina recibió al héroe del Norte con muestras de distinguida consideracion, y hasta de afecto. La esplendidez del palacio real deslumbró á Espartero, que no estaba acostumbrado á ella, le pareció que la majestad del poder real era de mucho superior al poder de su espada, por mas que ostentara los gloriosos recuerdos de tantos combates.

Diríase que entonces Espartero olvidó las satisfacciones de la victoria con su fascinacion, con su irresistible embriaguez. Desconocia por completo lo que pasa en una corte. Allí se libran combates de otra naturaleza; allí se disponen otra clase de emboscadas; allí se traban las batallas de la envidia, de los celos; allí se usan armas como la maledicencia, la calumnia; allí, por regla general, se hiere por la espalda, y son heridas que hacen chorrear sangre del corazon, y que con harta frecuencia no llegan á curarse nunca.

La Reina gobernadora indicó á Espartero la conveniencia de que al frente de sus tropas se dirigiese á Oviedo. Los que trataban de aprovechar su popularidad se dolian de que la falta de decision de Espartero hubiese sido causa de que no cayera el gabinete. Aun al tener que salir de Madrid se procuran escitar en él fuertes resentimientos contra el ministerio que se llamaba del *cinto de onzas*, recordándole unas palabras de Mendizábal que habia dicho:

—«Si se me faculta para ello, iré solo al cuartel general del conde de Luchana, donde soy capaz de hacerle fusilar por sus mismos soldados.»

La situacion entre el Gobierno y la oficialidad del ejército del conde de Luchana habia llegado á hacerse tan insostenible, que muchos de los oficiales, que en gran parte tenian

decididas preferencias en favor de los moderados, estaban dispuestos á pedir sus licencias y hasta á tomárselas retirándose de las filas. Decían á Espartero que solo él podía cortar el conflicto decidiéndose á derribar al ministerio, cuya caída estaba en su mano. El Conde se dejaba halagar; oía con gusto el que ponderasen su prestigio, razon por la cual él no coartó un acto de indisciplina que hecho en presencia del enemigo, tenia una gravedad innegable.

Fatigado por las agitaciones de la corte, fué á Aravaca; y allí, mientras estaba descansando, le dispierta á una hora tan intempestiva como las dos de la madrugada cierta comision de oficiales, de los que tomó uno la palabra para decirle:

—«Hay momentos en la vida de las naciones, que si no se cogen en provecho de la misma, suelen acaecer desventuras inevitables que puede prevenir la diligencia. Acaso mañana nuestro valiente general, animado con el reposo de la fatiga, nos mande marchar en seguimiento de los enemigos de la Reina que atraviesan el Guadarrama, dejando á retaguardia y abroquelado con el baluarte de unas Cortes defensoras de lo injusto, un contrario mas poderoso, un adversario que, menospreciando los sacrificios de un ejército leal y decidido, le ultraja públicamente, para que llegue el grito de su infame acusacion á todas las naciones. Venimos á pedir la caída rápida de ese ministerio, y la desaparicion de esas Cortes que le apoyan; y si el general que nos escucha, no menos agraviado y calumniado que sus servidores, se manifiesta tímido ó irresoluto en esta respetuosa demanda, estamos dispuestos á acatar la resolucion de nuestro jefe superior, para que no se moteje de indisciplinado un cuerpo obediente; pero no contempleis con enojo que queden encarceladas nuestras hojas en sus vainas, y que nos retiremos á nuestros hogares á lamentar con pena la villana recompensa que han merecido nuestros sacrificios (1).»

Espartero fue condescendiente con un acto que debiera

(1) *Estafeta de palacio.*

haberse castigado, porque tenia todo el carácter de una rebelion. En vez de una complacencia culpable, debió cuando menos usar un lenguaje digno como el que usó el general Rivero, el cual convocando á los oficiales en Pozuelo, en el alojamiento del brigadier Van-Halen, les dijo:

—«El soldado ha nacido para obedecer, y no para rebelarse; para dar ejemplos de sumision á la ordenanza, y no para enseñar á la tropa el camino de la sedicion. El militar que interviene en asuntos políticos desconoce los preceptos de la milicia, que mandan embestir al enemigo de la patria con la espada, y no intervenir en la contienda civil con la fruslería del argumento. El soldado discute con el hierro ó con el plomo, no con la lengua ni con la pluma. Nuestros verdaderos adversarios acaban de abandonar á Segovia, y es nuestro deber volar en su busca y escarmentar su osadía, diciendo: ¡Viva Isabel II! y no ¡abajo Mendizábal ó Calatrava! Si han insultado nuestra hambre y desnudez, los pueblos por donde hemos transitado, que nos han visto descalzos y faltos de abrigo en lo mas récio del invierno, corrigen la injuria denostando á los injuriadores. Seamos mas grandes que ellos, y una victoria contra Zariátegui, antes que nos escape, será la venganza mas noble y la que mejor cuadra á esforzados caballeros.»

Mas tarde hubo de conocer Espartero los resultados de la indisciplina. Vuelto ya al Norte, al teatro de sus glorias, á donde habian corrido á ampararse de nuevo los carlistas, castigó severamente actos de indisciplina que allí tuvieron lugar.

Al llegar á Puente la Reina quiere que sea expiada rudamente una sedicion de la que fue víctima el general Escalera. Al efecto, cuando todo estaba sigilosamente prevenido, preséntase el conde de Luchana ante las tropas, y haciendo que se retiren los edecanes, solo, en medio de la esplanada, clava sobre aquellas fuerzas una mirada en que se veia el fuego de la cólera y el ardor de la venganza, y les dice:

—«Soldados: Os he llamado á este lugar para deciros que

el honor de la milicia está empañado, y que el escándalo ha cubierto de negras tinieblas el brillante lumínar de tan repetidas victorias. Yo que adoro la luz resplandeciente que alumbra el camino de la victoria, no puedo soportar la pavorosa oscuridad del crimen, y como vuestro honor es el mio, vengo resuelto á lavar con sangre la mancha inmunda que ha ennegrecido los colores de nuestras banderas. La sombra del general Escalera ha interrumpido mi sueño, y mostrándome sus heridas, y relatándome su horrible martirio, hame dicho: ¡Véngame! y yo he jurado vengarle. La espada de la ley está ya pendiente sobre la cabeza de los culpables; entre vosotros se hallan los viles asesinos; vais á conocerlos y á presenciar su muerte. ¡Sea diezmado inmediatamente el regimiento provincial de Segovia!»

Y despues de recibir los auxilios espirituales, son fusilados diez individuos del expresado cuerpo.

Al volver á su alojamiento, manda llamar al comandante del batallon de Gerona, cuyo batallon era culpable de los atentados de Hernani, y le dice:

—«Mañana, á las nueve, quiero ver en Miranda, atados codo con codo, á los promovedores de los crímenes de Hernani y Santander.»

El comandante contestó respetuosamente:

—«Observe mi general que para la ejecucion de mi cometido no tengo mas fuerza que el batallon al que se debe castigar.»

Levantóse airado de su silla Espartero, y exclamó:

—«Si mañana no están aquí los criminales á la hora que he señalado, y de la manera que he dicho, iré yo mismo á buscarles para fusilarlos y á V. S. con ellos.»

El comandante cumplió la orden, y los culpables fueron trasladados á un presidio.

Empezábase á prever que el jefe militar del partido moderado habia de ser D. Ramon María Narvaez, cuyas cualidades hemos ya reseñado anteriormente. Narvaez por su talento, por su habilidad, por su carácter, se prestaba mejor

á ser el escogido de los conservadores; desde que fijaron su mirada en Narvaez los moderados, Espartero, que se inclinaba antes en su favor, ladeóse desde luego de parte de los progresistas.

Ya desde aquella hora Espartero y Narvaez empezaron á considerarse como dos polos opuestos; y hé aquí por que, habiendo entre los dos unos recelos que tuvieron todo el carácter de declarada antipatía, no les vemos figurar nunca juntos, de suerte que mientras el uno mandaba, el otro solía estar en el destierro ó en el ostracismo.

Puesto Narvaez al frente de un ejército de reserva, empezaron los progresistas á escitar la rivalidad del conde de Luchana, dándole á entender que el ejército del Mediodía, al frente del cual se puso á su émulo, estaba mejor atendido que el suyo. Aconsejado por sus nuevos amigos, valióse Espartero de algunos amaños para ver de desprestigiar á Narvaez; pero lo que se intentaba en su descrédito Narvaez lo hacia servir admirablemente en su favor.

Los resentimientos de Espartero aumentaban, y le vemos ya con la pretension de los antiguos legionarios, que al tener en su favor la influencia de algunas victorias, queria ejercer en la gobernacion del Estado una accion omnipotente.

¿Á qué hablar de libertad, á qué decir que eran los carlistas los que representaban el despotismo, si un hombre como Espartero habia de levantar su espada para imponer su capricho, desentendiéndose de la ley, del derecho, de la representacion legítima del poder, de los acuerdos de las asambleas?

Elevó Espartero una esposicion en que se exigia nada menos que la caida del gabinete y la disolucion del ejército de reserva, amenazando con su dimision si no se le atendia.

Que se conceda el derecho de esposicion á un ciudadano, nosotros lo concebimos perfectamente; pero que un soldado de fortuna, teniendo detrás de sí un ejército, levante atrevido su sable y quiera imponer su voluntad á la fuerza,

para nosotros no es mas que un atentado altamente culpable. Semejante dictadura, ejercida afuera del poder, sin derecho alguno, constituye un desconcierto que solo puede producir el desorden mas completo en las regiones gubernamentales, el desprestigio de la autoridad, la desorganizacion general en el pais.

Espartero fue escuchado: aunque el atender á sus exigencias debiese considerarse como una debilidad culpable; aunque el obedecer á Espartero fuese una abdicacion del poder, la Reina gobernadora creyó que no era posible disgustar al jefe del ejército del Norte.

Si Espartero fue altamente censurable por tal conducta, en cambio despues de un hecho de esta naturaleza, el órden de los acontecimientos nos pone en el caso de recordar la página mas brillante de su historia.

Tan ufano como estaba Espartero de sus triunfos, á pesar de su aficion á las peripecias del campamento, se prestó á trabajar en la pacificacion de España, debiéndose á él el convenio de Vergara, que puso fin á los desastres de la guerra.

Para nosotros hay algo que honra mas que los laureles de los mayores triunfos, salpicados siempre con sangre, resultado de escenas de desolacion y muerte, es el olivo de la paz; y hé aquí por qué el titulo de pacificador de España, siendo españoles como somos, lo consideramos mas honroso que el de vencedor de Luchana.

La guerra civil es uno de los azotes mas terribles con que la divina Justicia hace sentir sobre una nacion el peso de sus expiaciones. En la lucha que se sostiene contra el extranjero, ya para sostener la honra del escudo nacional, ya para salvar la integridad del territorio, hay siempre algo de glorioso; allí se recoge el honor aun en medio de los desastres. Pero una guerra civil es casi siempre la vergüenza de un pueblo.

Con la guerra civil queda atascado el desarrollo comercial, industrial y científico de una nacion, y si tenemos que

lamentar que con mejores elementos que otros países y con mas cualidades de actividad y hasta de inteligencia que algunos de ellos, no obstante, ni nuestra agricultura ni nuestra industria, ni nuestro comercio, ni nuestros adelantos científicos hayan llegado al estado de desarrollo que tendríamos derecho á esperar, atendidos los grandes recursos con que nos ha favorecido la Providencia, débese sin duda á las luchas intestinas por que ha tenido que pasar nuestra nacion infortunada. ¡Cuántos escombros se hacinan en un pueblo á consecuencia de la guerra civil! ¡Cuántos gérmenes de actividad se extinguen! ¡Cuántas fuentes de riqueza se ciegan! ¡Cuántos elementos de moralizacion y de fe quedan esterilizados! Además de crearse, como tras de toda guerra, esa raza de aventureros apasionados por la revuelta, que se gozan en la contemplacion de escenas sangrientas, que tienen odio á la vida sosegada del hogar, á las tranquilas ocupaciones del trabajo, las guerras civiles, donde á veces el hermano lucha contra el hermano, hasta el hijo contra el padre, tras de torrentes de sangre producen arroyos de lágrimas, pues dificilmente se curan las hondas disensiones hasta de familia, producidas por una guerra civil. Y cuando trata de legitimarse con un pretexto de religion, entonces los desastres que ella produce en el mundo moral toman mayores proporciones, pues es muy frecuente ver cómo el celo religioso se convierte en pasion política llevada hasta el último grado de exageracion; el interés de los unos y la mala fe de los otros acaba por empequeñecer la religion hasta estrecharla dentro los límites de un partido, se profana entonces lo mas augusto, se llega á tener odio á esta paz tan bendecida por el Redentor de los hombres, y aun lo que hay de mas bello para el sentimentalismo cristiano, la santa caridad con sus generosos olvidos, con sus sublimes perdones, acaba por ser considerada por muchos como un delito. ¡Tanto puede en tales circunstancias la perversion del sentido moral!

El abrazo de Vergara vino á poner término á la guerra

civil; España agradece á Espartero los esfuerzos que hizo para llegar á tal resultado.

Describiendo el efecto producido por el abrazo de Vergara, decia el Sr. Donoso Cortés:

«Allí se llamaron hermanos los que habian sido enemigos; se dieron el ósculo de paz los que habian hecho pacto con la muerte; los que solo se habian saludado con la lanza, se enviaron entonces un tiernísimo saludo; partieron el pan los que solo habian partido el campo y el sol de las batallas; los que no conocian del diccionario sino el grito de guerra, entraron allí en pláticas tranquilas y sabrosas. Por las mejillas de los guerreros corrió el llanto de las mujeres, y la inocencia de los niños fué á refugiarse en el corazon de los leones; y toda esta escena, digna de los tiempos primitivos, estaba animada por un pueblo inmenso extático de placer, loco de júbilo; por pueblo inmenso, á quien cubria á manera de un magnífico dosel un cielo purísimo, bañado de un sol resplandeciente; por un pueblo reverentemente asentado en las eternas y fortísimas montañas que recibieron los primeros vagidos y el último aliento de sus héroes, siendo á un mismo tiempo cuna y sepulcro de sus hijos, de sus hermanos y de sus padres. Y un no sé qué de religioso y de santo vagaba por el ambiente, y dilatándose por aquellos campos, cubiertos todavía de cadáveres insepultos, parecia el eco de las celestes arpas, que estremecidas cantaban: «Paz á los «hombres de buena voluntad en la tierra: *gloria á Dios en «las alturas.»*

Se le acusó de haber faltado despues al compromiso que se supone contrajo Espartero de trabajar en favor de la fusion monárquica, procurando el casamiento de D.^a Isabel II con el conde de Montemolin, hijo de D. Carlos. Por mas que la solucion nos fuese á nosotros altamente simpática, como creemos que habia de ser útil al país la cohesion de todas las fuerzas católicas y monárquicas para oponerse á la Revolucion anti-religiosa y anti-social, carecemos de datos suficientes para formular un cargo contra el conde de Lucha-

na, que seria tanto mas grave, cuanto que, á mas de faltar á una promesa de tal trascendencia, habria contraido ante la nacion la responsabilidad de no cumplir con el sagrado deber que le incumbia de contribuir á una solucion que habria dado gran fuerza á los principios conservadores. Á existir tal compromiso, era de suyo demasiado importante para que no se consignara en un documento solemne, y cuando se hubiese cometido la gravísima falta de no dejarlo consignado, estaba en el interés y el honor de los carlistas convenidos el recordarlo y trabajar para que se cumpliese, cosa que no solo no hicieron, pero ni siquiera levantaron la menor protesta, al ver que un proyecto defendido por los pensadores de mas valía, no contaba con el apoyo del Gobierno.

No satisfecho Espartero con ostentar los laureles de Luchana, á los que añadió despues los de Morella, Orduña y Uriza, desocupado de las tareas de la guerra, dejóse empujar por los mares de la política.

Sin cualidades de inteligencia, amante de agitaciones, aficionado á la realizacion de proyectos aventurados que no estaba en condiciones de poder estudiar, sin principios políticos, económicos ó sociales que aplicar á la gobernacion del Estado, hallábase en excelentes condiciones para que los progresistas le hiciesen servir de bandera.

Á pesar de las consideraciones con que le favoreció la Reina gobernadora, no tardó en presentarse Espartero como enemigo suyo, ya que los que querian desprestigiar á la augusta madre de Isabel II procuraban despojarla de las prerogativas de su posicion, presentándola como á jefe del partido moderado, lo que les ponía en actitud de combatirla, pretextando que sus ataques no se dirigian á la régia persona, sino al partido que querian hacerle representar.

D.^a María Cristina de Borbon era, en efecto, por su carácter, por sus condiciones personales, por su manera de considerar las cuestiones y de resolverlas, la antítesis de Espartero. En vez de rodearse de agitadores, como lo hacia

Espartero, la reina Cristina se rodeaba de verdaderas eminencias políticas; á Espartero le gustaban las innovaciones aventuradas, sin calcular lo que habria de sobrevénir en pos de reformas, ó inoportunas, ó contrarias al carácter y tradiciones del país; la reina Cristina, mas circunspecta, solia proceder con algun miramiento; á Espartero, que desde los mas humildes puestos de la sociedad ascendió al colmo de todos los honores, le gustaba que se inclinase ante él el incensario de la lisonja, dejándose desvanecer por su humo; la reina Cristina, que habia nacido y vivido siempre junto á los tronos, acertaba á descubrir la torpe mentira que se oculta tras el vestido de baja adulacion; á Espartero le agradaba la popularidad, aun cuando hubiese de comprarse á costa de los principios y llegase á degenerar en popularidad; á la reina Cristina le cautivaba mas el aprecio de su pueblo.

Á haber valido algo mas Espartero, no hubiera permitido que falsos consejeros le llevaran hasta el punto de querer convertirse en émulo de la madre de Isabel II. Y sin embargo, así fue; la mala posicion en que se colocó, mas que obra de su presuncion personal, fue efecto del prestigio que ejercian sobre él los que le rodeaban; pues si no era tan presuntuoso que no se dejase conducir, andaba bastante des-
acertado en la eleccion de sus guias.

Contra lo que no se tolera en modo alguno en un país monárquico, el general Espartero, hallándose la familia real en Barcelona, aceptaba obsequios públicos, permitia que se le hicieran ovaciones en presencia misma de las personas reales.

Con pretexto de una ley de ayuntamientos, hubo en la capital de Cataluña desórdenes que Espartero solo reprobaba en apariencia, cuando en realidad los alentaba con su conducta, prohibiendo los propósitos de los agitadores. El proceder de Espartero dió lugar á que la Revolucion de 1840 tomara proporciones considerables. Se acusó en aquellas circunstancias de debilidad á D.^a Cristina por no haber atajado

en su origen un movimiento que, aunque no presentaba un carácter antidinástico, era, no obstante, en desprestigio de la autoridad real, atentaba contra el derecho constituido, dando lugar á que se desencadenasen las pasiones revolucionarias y á que surgiese de allí una larga série de agitaciones y de trastornos. Sin que tratemos de librar de toda responsabilidad á la Reina gobernadora, no debemos echar en olvido la fuerte presion que ejercerian sobre ella las circunstancias. La sublevacion encontró favor en una gran parte del ejército donde Espartero gozaba de mucha influencia, tenia en su apoyo las masas populares, y una multitud de poblaciones importantes, incluso Madrid, secundaban el movimiento. ¿Qué habia de hacer una mujer en tan difícil ocasion? ¿Podia organizar la resistencia del partido moderado, recurso que, sin presentar muchas probabilidades de éxito, habria producido quizás rios de sangre y ocasionado una nueva guerra civil? ¿Habia de dar lugar con su conducta á que se justificara la acusacion que se la hacia de capitanear ella una fraccion política, cuando desde la altura de su posicion no le era dado ver nada mas que españoles? ¿Debia provocar una invasion del pueblo sobre el palacio donde moraba junto con sus hijas?

Nunca como entonces fue Espartero el ídolo popular. Nombrado presidente del Consejo de ministros por la Reina gobernadora, al dirigirse á Madrid, en los pueblos del tránsito y hasta en la capital misma, fue objeto de un recibimiento que no se habia hecho mejor al entrar un monarca.

En lujosa carretela que le habia prevenido el Ayuntamiento de la corte, acompañado de una fuerte columna de milicianos nacionales, y entre numerosas turbas que le aclamaban en medio de una exaltacion que rayaba en locura, hizo su entrada á las dos de la tarde, dirigiéndose al sitio donde le esperaba la Junta de gobierno. Allí se le preguntó:

—¿Venís dispuesto á marchar por la senda trazada por la Revolucion, ó tratais de contrariarla?

¿Qué es lo que habia de contestar Espartero en la fasci-

nacion producida por aquellas ovaciones, al encontrarse rodeado de los suyos, orgulloso de haberse sobrepuesto á una reina? Contestó resueltamente que venia dispuesto á seguir sumiso las huellas de la Revolucion.

Constituido ya el ministerio revolucionario, fué á presentarse á D.^a María Cristina, que se encontraba en Valencia. Tratóse de obligarla á aceptar un programa de gobierno que consideró degradante á su dignidad, y en el que se le precisaba á lanzar fuertes acusaciones contra sus pasados consejeros.

D.^a María Cristina tuvo serenidad suficiente para oir la lectura de un documento del que cada párrafo era una flecha que se clavaba en su corazon, que en aquellos dias pasó por no interrumpida série de torturas.

Despues de la lectura, D.^a María Cristina, sin manifestarse afectada, dibujando en sus labios su acostumbrado sonris, sin oponer observacion alguna, mandó que trajesen el libro de los santos Evangelios y el crucifijo, y la Regente recibió el juramento de los nuevos ministros con las formalidades de costumbre. Terminado este acto, D.^a María Cristina les manifestó que respecto al documento que le acababan de leer se reservaba la contestacion para el dia siguiente.

Poco despues llamó á Espartero, á quien á pesar de su conducta para con ella, le guardaba unas consideraciones hasta quizás excesivas. Es verdad que tambien el Duque tenia bastante afecto á la madre de Isabel II; pero idólatra el vencedor de Luchana de su popularidad, á ella lo sacrificaba todo.

D.^a María Cristina con su entereza natural, empezó con acento resuelto el siguiente diálogo:

—Te he llamado para decirte que voy á dejar la regencia y ausentarme de España.

Sorprendido el Duque, no acertaba á balbucear una respuesta, cuando D.^a Cristina le animó, añadiendo:

—Mi resolucion te maravilla ¿no es verdad? Pues te advierto que si ha sido rápida, no es menos decisiva.

—Pero ¿á qué viene esto, señora? preguntó el Duque.

Á lo que contestó la Regente con la majestad que resaltaba en sus frases:

—Deploro que no lo hayas comprendido. Por desgracia no es esta la hora de explicártelo detenidamente. Si conocias de antemano el documento que me acaban de leer, debiste adivinar que era ofensivo á mi dignidad; y como presidente del Consejo, tú que tantas veces te constituiste en amparo y protector del trono de mi hija, no debiste consentir que se me leyese un programa tras del cual no puede menos de seguir mi renuncia.

—Señora, contestó tímidamente el General; no he creído que ninguno de mis compañeros haya tratado de ofender la dignidad de vuestra real persona, ni yo lo hubiera consentido, y estoy pronto á llamarlos para que justifiquen con razones que no han querido otra cosa que el bien del país y el de V. M.

—No; no quiero que les llames, interrumpiéndole diciendo D.^a María Cristina; tengo ya formada mi resolución de abandonar la regencia, y mi designio es irrevocable. Sé guardarleal de mis hijas, y empenáme tu palabra de honor de que no las abandonarás.

—Siento deciros, señora, que veo en todo esto una cosa que por mas esfuerzos que hago no acierto á explicármela, y hasta temo si hay aquí algo que tiene un viso de traición.

—No seas caviloso. Voy á dar voluntariamente un paso que tendria que darlo por fuerza mas adelante. Hoy salgo de España con la dignidad que conviene á una reina; mañana apareceria á los ojos de los españoles como una reina expulsada. Sé lo que exige mi dignidad, y por muy costoso que sea el sacrificio á mi maternal ternura, aquí la reina debe ser antes que la madre. Conozco tu lealtad, muy pronto ya no deberás defenderme á mí, pero podrás defender á mis hijas, cuya custodia te confío.

Después de este diálogo, D.^a María Cristina se retiró á su aposento donde se desahogó en llanto.

D.^a María Cristina no dejaba de tener sus privados. Escitábanle estos á resoluciones que la Regente no quiso tomar en manera alguna.—Basta de sangre, decia; demasiada se ha derramado ya.

Trataban de disuadirla por todos los medios de su viaje, pero D.^a María Cristina se manifestaba firme en su resolucion:

—Debo realizarlo: no queda otro remedio. Ante todo, y para bien de España, primero es la salvacion de mi hija.

Llamó á sí á las augustas niñas D.^a Isabel y D.^a María Luisa, indicándoles que iba á marchar al dia siguiente, y que estaria algun tiempo sin verlas. Conmovera fue la escena de lágrimas que entonces tuvo lugar entre la augusta señora y las tiernas niñas que regaban con sus lágrimas el rostro de su madre.

Embargadas por las emociones, no acertaban madre é hijas á dirigirse una sola palabra, hasta que al fin dominándose D.^a Cristina pudo decir:

—El estado de mi salud me obliga á tomar otros aires: ¿quereis que me muera?

Las niñas se reprimieron algo, pero sin que sus ojos humedecidos pudiesen ocultar lo que pasaba en sus afectuosos corazones.

Al despedirse de las playas españolas, dijo llorando á los ministros:

—Cuidad bien de mis hijas; no maltrateis ni persigais á los hombres que me han servido; os recomiendo encarecidamente á los pocos que no me han abandonado... ¡Es tan corto su número que poco es lo que tendreis que hacer para complacerme en esto!...

En la situacion á que habian llegado las cosas, despues de las indicaciones que le hizo Cortina á la Regente sobre su oculto casamiento, no tenia mas recurso que salir de España para ir á llorar en el extranjero sus defectos de mujer y sus debilidades de reina.

Antes de irse D.^a María Cristina, dijo con su perspicacia:

—Siento la caída de Espartero, que preveo será pronta y rápida.

No se engañó. Antes de lo que podía presumirse empezó á declinar la estrella de Espartero. La política de los hombres de 1840 se señaló por una serie de desaciertos. D.^a María Cristina pudo conservar su prestigio por espacio de algunos años; en cambio Espartero, el vencedor de Luchana, el pacificador de la Península, el jefe militar que ceñía en su frente mayores laureles, el ídolo de las masas, caía en el mayor desprestigio á los pocos meses de su encumbramiento. Si la elevación fue inmerecida, la caída fue á su vez bastante precipitada. Su regencia fue tan desgraciada como afortunado había sido su mando militar. El regente quitó en Espartero la popularidad al general. En tan alto puesto se le puso á prueba; pero era una prueba que no había de poder resistir.

¿Qué principios observó durante su gobierno? ¿Qué criterio se propuso realizar? Únicamente disgustar á los moderados, y poner en peligro todos los intereses conservadores del país.

El gobierno de los pueblos estaba confiado á unos cuantos agitadores, reinaba en todos los ramos de la administración pública el mas completo desórden, hombres ineptos tenían á su disposición los cargos públicos mas importantes, sin que se realizara ni hubiera esperanzas de que se realizase en lo sucesivo medida alguna salvadora.

Rodeaban á Espartero los hombres de Ayacucho, hacíanle la corte y eran reconocidos como sus guías unos cuantos alborotadores que hablaban de libertad mientras querían imponer á los demás sus mezquinas preocupaciones. Espartero fue en aquella época de los que creyeron que la irreligión constituía un título á la popularidad. De su boca salían frases que la religiosidad española oía con profundo disgusto; y aspiraba á ser el porta-estandarte del liberalismo al que solo le faltaba el descrédito que habían de echar sobre él el duque de la Victoria y los que le aconsejaban.

Respecto á religion, continuóse esa política liberalista iniciada ya con tan mal éxito por algunos reformadores del año 12. En cierto informe que vió la luz en la *Gaceta*, sentábase de una manera la mas brusca la teoría de la separacion entre la Iglesia y el Estado, diciendo «que Jesucristo ciñó la potestad de su Iglesia dentro de los estrechos límites de lo espiritual, interno y mental.» El ministro de Gracia y Justicia, D. José Alonso, leyó en el Congreso de diputados un proyecto de ley sobre jurisdiccion eclesiástica, donde se negaba la autoridad del Soberano Pontífice de la manera mas escandalosa, diciendo que «la potestad de atar y desatar habia sido concedida á los Apóstoles, y á los sucesores de estos, los obispos: que enviados aquellos por el mundo á predicar el Evangelio, ejercitaron plenamente sin reservas ni restricciones, aquella misma potestad con *que sin contar con el primado de Roma*, no solo los Apóstoles, sino tambien sus discípulos elevados al obispado, decidian en materias de fe, dispensaban en lo que se presentaba necesario, y creaban obispos que para ejercer su potestad, no necesitaban obtener de Roma ni la confirmacion, ni las bulas que la acreditasen, que Roma halagada con las doctrinas de las falsas decretales, se arrogó las facultades espirituales concedidas como á él á sus coepiscopos.»

Y al decir esto el ministro, tenia buen cuidado de consignar que lo hacia con la autorizacion del Regente y de todo el ministerio.

Notábase en la parte sensata del país una irritacion general contra los hombres que habian profanado la morada de D.^a María Cristina; contra los que condenaban al mayor aislamiento á la misma reina D.^a Isabel y á su hermana doña María Luisa; contra los que, no contentos con provocar á los hombres católicos y de prodigar el insulto contra la venerable persona del Sumo Pontífice, trataban de introducir en el país un cisma el mas vergonzoso contra los que, desde la altura de su posicion, alimentaban proyectos nada favorables á la institucion monárquica.

Los moderados se agitaban. Ellos que reprobaron los pronunciamientos, porque habian de producir la relajacion de la disciplina militar; ellos, que anatematizaban con toda su energía á los que, valiéndose de su posicion, incitaban á las tropas á rebelarse, esta vez se conjuraron para derribar al Regente.

Debemos consignar aquí una de las páginas mas desastrosas de la historia de Espartero.

En la conjuracion contra el Regente, en la que figuraban hombres de carácter tan resuelto como Montes de Oca, notabilidades militares como Concha, jefes de talento como O'Donnell, ocupaba un puesto en primera línea el general de húsares D. Diego de Leon, conde de Belascoain.

Al recordar los hechos del general Leon, los admirables rasgos de su vida, los riesgos á que se esponia como militar, los actos de increíble atrevimiento que realizó con la mayor fortuna, nos parece el general de húsares un hombre legendario. En D. Diego Leon la fe del creyente rayaba tan alta como el valor del soldado; sus enemigos le conocian por el nombre de *el leon de los bigotes largos*. En caracteres de esta naturaleza la bizarría acostumbra á ir hermanada con la generosidad, y efectivamente, en él la bravura del general corria parejas con los arranques del caballero. De rostro majestuoso y simpático, de aspecto marcial, no habia quien no experimentase un sentimiento de admiracion mezclado de respeto, al ver á aquel hombre que unia el alma del héroe al corazon del buen esposo, del padre tierno y solícito, que era tan gran soldado en el campo de batalla como excelente jefe de familia en el hogar.

Se le invitó á que entrara en la conjuracion. Celoso conservador de la disciplina, devoto de la ordenanza militar, manifestó en un principio ciertas vacilaciones; pero dijo despues con aire resuelto:

—Me llama una reina cuyo palacio se encuentra convertido en cárcel; me llama una madre afrancada del lado de sus augustas hijas, léjos de la patria, gimiendo en el des-

tierro por un doble crimen de ingratitud y de perfidia. Soy caballero y debo obedecer á la voz de estas damas; soy español y no puedo contemplar la agonía de mi país; he combatido por la libertad de mi patria y no me resigno á transigir con su deshonra.

Estalló el movimiento, iniciándolo Concha en el ataque del palacio real, el día 7 de octubre de 1841.

Por circunstancias que no es de este lugar el explicarlas, la sublevacion tuvo que anticiparse.

Anuncióse á Leon que Concha estaba ya atacando el palacio; á lo que contestó con visible enojo:

—Era el puesto de mayor peligro, y este se me habia designado á mí.

Aunque por las noticias que se le dieron, Leon comprendió que todo estaba perdido, no obstante, monta su caballo, y como podrian encontrar por el camino tropas fieles al Regente, cubre sus insignias de general con un capote de soldado, y fingiéndose ordenanza del brigadier Pezuela, que iba con él, se encamina al lugar de la lucha.

Por el camino tropezaron con un batallon del Regente formado en batalla. El brigadier Pezuela, acompañado de su fingido asistente, sin retroceder ni inmutarse, oyen el quién vive que les da un centinela, al que responde Pezuela:— «¡Estado mayor!» y siguen su camino atravesando toda la línea de formacion. La seguridad con que se adelantaban, y el que Pezuela preguntase por el jefe del puesto, hizo que nadie les molestara, pero apenas llegan á la cabeza del batallon, ven venir al jefe del puesto, por órden del cual un granadero detiene el caballo del general Leon. Este, gritando ¡adelante! se deshace del granadero, espolea su caballo, y bajo un diluvio de balas logra llegar hasta el palacio.

Aquella noche el coronel D. Domingo Dulce era el encargado de guardar el régio alcázar. Dulce cumplió con su deber y con su honor, manifestando que seria menester que pisara su cadáver el que quisiese atravesar las graderías del palacio.

Si los generales moderados hubiesen llevado su atrevimiento hasta ensangrentar la régia escalera, tal vez la jornada hubiera sido suya. Pero se contuvieron ante tal empeño.

—¡Por Dios, que estamos en el palacio de S. M.! gritó Concha al capitán que daba la voz de ¡fuego!

Inutilizada la primera tentativa, vino pronto el desconcierto, y después la necesidad de acudir á la fuga.

Al dirigirse Leon camino de Valladolid, su caballo se le quedó en una zanja que quiso saltar. Encontróse con unos cazadores de la Guardia, los cuales le ofrecieron otro, y hasta se aprestaban á seguirle; pero Leon les observó:

—No permitiré que hagais tal desatino. Me dice el corazón que voy á la muerte. ¿Á qué participar inútilmente vosotros de la desgracia de vuestro general? Os lo agradezco, pero dejadme caminar solo á la ventura.

Andaba Leon sin saber hácia dónde, cuando al divisar una choza y junto á ella algunos labriegos, se apea y les pide un pienso para su caballo. El General se desayunó con un pedazo de pan negro y un poco de tocino frito. Al ver la sorpresa que su aparición produjo en aquellas gentes sencillas, el General no tuvo inconveniente en manifestar lo que le estaba pasando. Interesáronse por él, le ofrecieron donde guarecerse; pero Leon; á causa de su sordera, que se habia agravado con la fuerza de las emociones, no se apercibió de lo que le estaban diciendo, y sin contestarles, después de pagar abundantemente lo que le habian proporcionado, monta otra vez á su caballo, atribuyendo aquellos labradores á quijotesco desden lo que no era mas que resultado de la falta de oído del General.

Vuelve D. Diego Leon á andar solo, sin dirección fija, cuando á corta distancia de Colmenar Viejo, divisa á largo trecho de camino un escuadrón de húsares de la Princesa que habia sido destinado á perseguirle. Leon se apea, y les aguarda tranquilamente recostado junto á una tapia. El comandante reconoce al valeroso General, á pesar de la mu-

cha distancia. Manda al escuadron que se detenga, y convocando á los oficiales en lugar donde no pueda ser oido por los soldados, les dice:

—Compañeros: aquel hombre que acaba de apearse es el general Leon, el que ha hecho de los húsares la mejor caballería de España, el que tantas veces nos ha enseñado el camino de la gloria, ¿debemos prenderle?

Todos contestaron negativamente.

Estuvieron allí detenidos mas de media hora para darle tiempo de escapar, resueltos ellos á seguir rumbo distinto del que él tomase. Tampoco el General se movia del puesto que habia escogido. Perplejo el jefe, persuadido de que una situacion semejante no podia alargarse sin gran riesgo suyo y del General, llama á un cabo de toda su confianza, y le dice:

—Vaya V. con otro húsar á donde está recostado aquel militar. Deje V. al compañero á suficiente distancia para que no pueda oír lo que V. habla, y dígale V. al militar que huya, que nuestra persecucion solo será simulada. Vuelve V. luego, y me dice de modo que todos lo oigan, que es un oficial que va en comision para asuntos del servicio. Tenga V. en cuenta que la persona á quien se dirige V. es el general Leon.

Luego de concluida la advertencia, el comandante dice al cabo con voz que pudiese ser oida de todos:

—Reconozca V. á aquel militar, y venga inmediatamente á decirme quién es.

El cabo, al ver á Leon, sin poder hablar, casi llorando, cumple con su cometido. El General pregunta con serenidad:

—¿Quién manda el escuadron?

—El comandante Laviña, mi general, contesta el cabo.

—Vaya V. á decirle de mi parte que me haga el obsequio de venir.

El cabo cumplió con la orden. Al recibirla Laviña exclamó:

—¡Se ha perdido!

Diríjese seguidamente hácia el General, á quien sirvió otro tiempo de ayudante; y entre lágrimas que manifestaban el amor que guardaba á su antiguo jefe, le dice:

—¿Para qué me ha llamado V. si no puedo en presencia de los que nos miran, ni siquiera darle un abrazo?

—Vamos, Laviña, le contesta Leon; los valientes no lloran. Cumpla V. con su deber, y lléveme V. á Madrid.

—¿Con que he de ser yo quien le conduzca al suplicio?

—¡Qué suplicio! responde sonriendo el General. Esto temía yo también; pero lo he estado reflexionando y me persuado de que Espartero no es capaz de fusilarme. En medio de sus cosas, Espartero tiene corazón; hemos participado de los mismos peligros, hemos vencido juntos; Espartero no es capaz de hacerme matar. Si hubiésemos triunfado, yo me encargaba de su persona para salvarle de todo peligro.

Sosteniendo esta conversacion, ibanse adelantando hácia los húsares, cuando Laviña se detiene y le dice, sin poder contener sus lágrimas:

— Mi general, no cuente V. con el perdon. Todavía estamos á tiempo. Póngase V. al frente del escuadron, huyamos á Portugal, y en llegando á la frontera, entregaremos las armas y los caballos, y nos pondremos en salvo.

—No insista V., Laviña; vámonos á Madrid.

Á las puertas de la corte se presentó un oficial á quien Espartero habia hecho el encargo de conducir preso á Leon al cuartel de Santo Tomás, ocupado por nacionales, enseñando así á los revolucionarios la víctima á quien el Regente destinaba para sacrificarla á su popularidad.

Constituyóse el consejo de generales para juzgar á Leon. Nadie sospechaba que Espartero se atreviera á fusilarle, atendido á que si bien militaban en diferente partido, les unian esas relaciones que ponen en contacto á los militares en las horas de combate, relaciones que no se olvidan nunca.

Al tener lugar el consejo de guerra, súpose con escándalo que una de las piezas del proceso la habia proporcionado el

mismo duque de la Victoria. Era un documento; pero ¿qué documento? Una carta dirigida al Regente en que Leon, creyéndose seguro de la victoria, invitaba al Duque á que procurase ponerse en salvo. De aquí se deducia que efectivamente el general de húsares venia trabajando de antemano en la conspiracion, y en este concepto debia ser condenado á muerte.

El General no confesó que estuviese él al frente del movimiento, y al preguntársele en nombre del tribunal, por qué al invítársele para dirigir la insurreccion no dió el aviso correspondiente.

Leon fijando su mirada en la carta á que nos hemos referido, contestó con dignidad:

—Porque me pareció que no estaba en el caso de ser delator.

Leon fue sentenciado á morir. Al ponerse á votacion definitiva la sentencia, tres generales aprobaron la última pena y tres la rechazaron. Resultaba empate que debia resolver el presidente, el cual en estos casos opta siempre por la clemencia. Esta vez no sucedió así. El general Capaz se decidió por la muerte del acusado.

El general Grases, no pudo contener su indignacion, y exclamó dirigiéndose á sus compañeros:

—Si Leon ha de morir por haberse sublevado; ¿qué hacemos nosotros que no nos ahorcamos ahora mismo con nuestras fajas (1)?

Quedaba el recurso de la gracia; esta la ejerce el Rey; pero entonces no habia mas rey que Espartero.

Quando se sube merecidamente á una posicion elevada, el mérito quiere distinguirse usando de la misericordia; cuando la elevacion no es merecida, entonces los que llegan á su encumbramiento por torcida senda, á las generosidades de la gracia prefieren la severidad de la justicia, aun cuando esta degenera en crueldad.

Léase la historia y se verá como son los reyes legítimos

(1) *Estafeta de Palacio.*

los que perdonan; mientras que son los usurpadores ó los tiranos los que buscan el prestigio del poder en hacer caer el peso de las leyes con toda su fuerza, y que truecan muchas veces la justicia por la venganza.

En su principio manifestó el Duque alguna vacilacion al recordarle que Leon habia sido su compañero y su amigo; pero abusando de las debilidades del Regente, el hicieron creer que habiéndose fusilado en Zaragoza á Borso de Carminati, el pueblo aragonés se sublevaria al saber que se perdonaba á Leon, y que vendrian tal vez movimientos que pusieran en grave peligro la regencia. ¿Se acordó entonces Espartero de que con la rebelion habia sentido vacilar su sillón de regente? ¿Se creyó el Duque que iba á hacerse mas simpático á las masas populares fusilando á un hombre de la categoría y de la importancia de Leon, que era además amigo del Duque?

El hecho es que Espartero resolvió hacerle fusilar, y no hubo esfuerzo humano que alcanzara á hacerle cambiar de propósito.

Una comision de señoras iba recogiendo firmas de nacionales para salvar al reo; la esposicion se presentó, pero fue desatendida. El venerable general Castaños, el héroe de Bailen, con la autoridad de sus canas pidió el indulto; Espartero desairó las súplicas de un anciano de tan distinguida representacion. Cortina mismo, al saber que Leon se hallaba condenado á muerte, habló largamente á Espartero de la necesidad de perdonar al General; Espartero persistió en su negativa. Retiróse Cortina altamente enojado, haciendo tristes presagios sobre una regencia que realizaba actos en que la crueldad competia con la inconveniencia. Otra prueba hay de la que se desprende que en tal ocasion la tenacidad del Duque rayaba hasta en lo inverosímil.

La sentencia de muerte fulminada contra el general Leon habia otro ser que lo sintió mas que él mismo; era su esposa. Hombres del temple del conde de Belascoain guardan para estas circunstancias valor y serenidad suficiente; el

general de húsares era bastante previsor para que al entrar en la trama contra Espartero, no comprendiese las consecuencias á que pudiese dar lugar. Pero su esposa con todas sus delicadezas de mujer, al ver condenado á la pena capital á su marido, al padre de sus hijos, al verle bajar desde la alta posicion á que le habia colocado su heroismo, hasta el triste puesto de reo sentenciado á morir, fácil es adivinar la terrible tortura que experimentaria el corazon de aquella esposa. El sufrimiento de Leon tenia en este mundo un plazo fijado por la muerte; ¿pero cuánto iba á durar el martirio de su viuda? Si Leon hubiese sido aficionado á calaveradas políticas, en estos hombres, cuando no se encuentra una conducta disipada se la encuentra ajena á las dulces satisfacciones del hogar doméstico; si Leon hubiese sido uno de esos hombres en que la vida pública lo absorbe todo, en cuya existencia la familia con sus goces íntimos ocupa un lugar muy insignificante, su esposa habria sentido menos tan grande infortunio.

Aquella desgraciada señora, sumida en el mayor desconuelo, no acude al Regente, á quien ha de encontrar implacable, no acude á un hombre que se figura no ha de hacer caso de sus lágrimas; sino que se dirige á Isabel II, que desde sus primeros años manifestaba el manantial de ternura y de bondad que se encerraba en aquel régio corazon, al que nunca la desgracia acudia en vano. Encuentra medios para presentarse en el régio alcázar; guiada por una camarista, penetra hasta la estancia real, y allí, bañada en llanto, se arroja á los piés de la Reina niña.

—¿Quién eres? le pregunta con marcado interés la tierna Isabel.

—Soy la marquesa de Zambrano, esposa del general Leon, á quien van á fusilar mañana. Vengo á que V. M. se apiade de estas lágrimas, á que interceda con el Regente para que perdone á mi marido.

Con un acento de encantadora bondad, la Reina niña consoló á la afligida marquesa, diciendo:

—No llores y levántate; no me hagas llorar á mí tambien, y confía en que tu marido será perdonado.

Consolada hubo de retirarse la Marquesa. Era la Reina la que se interesaba por que perdonasen al general Leon; ante su voluntad Espartero no tendria mas que inclinarse. Ya no podria acusársele de débil; cuando se le reconviniese por haber perdonado al general de húsares, podria contestar:— Me lo ha mandado Isabel II.

La Reina llamó á su tutor, que lo era entonces el anciano D. Agustin Argüelles, y le dice:

—Te llamo para que escribas al Regente una carta que diga que perdone á Leon; que yo se lo ruego, y que se lo he ofrecido á su esposa. Escríbela que yo la firmaré.

Opúsose el tutor á que Isabel realizara un acto semejante. La jóven princesa instó repetidas veces, derramó lagrimas; todo fue inútil. Era la súplica de la ternura, de la majestad, interesándose por un grande infortunio; mas todo en vano.

Espartero, para que no se le molestase con nuevas súplicas, se retiró al Pardo. ¿Qué crimen era este que en unos tiempos en que los amigos del Duque se declaraban contra la pena capital, y la condenacion de esta pena la formulaban muchos de ellos como uno de los artículos del credo de su partido, no obstante esta vez la imponian á pesar de que se trataba de un delito político? ¿No era un crimen el alentar á los enemigos de D.^a María Cristina, siendo esta regente del reino? ¿No merecia tambien ejemplar castigo el estar de parte de los que se presentaban durante la regencia de la Reina madre en las puertas del mismo palacio real para pronunciar allí, no solo gritos subversivos, sino hasta amenazas?

D. Diego Leon, acostumbrado al fragor de las batallas, se aburría en la quietud de su encierro. Tranquilo aguardaba el fallo del tribunal; pero á pesar de la triste pintura que de Espartero le hacian, y de que hasta amigos del Regente le supusiesen capaz de llevar al extremo su severidad, cuando

se trataba de un hombre que habia querido derribarle de su alta posicion, el ilustre preso no sospechaba siquiera que su *compañero de fatigas* en el Norte autorizara su muerte. —Relaciones como las que entonces adquirimos, decia el general de húsares, cuando juntos nos hallábamos frente á frente de los enemigos de la Reina, cuando nos comunicábamos el uno al otro la embriaguez del combate, cuando obedecíamos ambos á la corriente de electricidad que en horas críticas pasa por un campo de batalla; no: afecciones que de este modo se contraen no se olvidan jamás. ¿Me iria á condenar á muerte por amor á la disciplina ó por un sentimiento de justicia? Al fin Espartero es hombre de partido, y en este concepto, su hoja de servicios no tiene nada de limpia. Desde que llegó á la cumbre de su elevacion militar, no hay gobierno contra el cual no se haya sublevado. Esto sí; lo ha hecho no presentando el cuerpo, cosa para la cual no se necesita tanto valor, pero no por esto es menos culpable.

Poco despues de haber sostenido semejante plática, se le presenta el fiscal para leerle la sentencia. Cuantos presenciaron aquel cuadro no pudieron menos que sentirse hondamente conmovidos; solo Leon oyó con serenidad el fallo del tribunal en que se le condenaba á muerte. El preso se limitó á contestar:

—; Es el premio que recibo despues de haber peleado siete años por la libertad de mi patria!

Luego se dedicó con completa serenidad á dictar disposiciones referentes á asuntos de su casa para despues de su muerte, comió con su defensor, y estuvo recibiendo á sus amigos y conversando con ellos hasta las diez de la noche.

Cuando se vió solo, creyó que aquellos preciosos momentos de quietud los debía á su esposa. La carta que la dirigió, es un retrato del famoso General; en ella se revela aquel gran corazon; en ella se ve lo mucho que valia en aquel hombre el marido, el soldado y el cristiano:

«Amada esposa: Preveo que sobre estas líneas van á caer

abundantes lágrimas; yo te quisiera evitar este dolor; pero es tan largo y tan acelerado el viaje que emprendo, que no puedo dilatar la despedida. Me dicen los amigos que la sentencia que ha recaído sobre mí es injusta: pero cuando Dios la consiente, la tendré merecida; por eso apelo á la resignacion, que es el triste consuelo de los moribundos. Indícate los deberes que competen á la viuda de un soldado de pundonor, seria ofenderte, y ni lo mereces, ni el trance pide argumentos de esta clase. No solicites verme; no quebrantes con tu cariñosa presencia el vigor que necesito para morir como he vivido, ni busques duplicar tus dolores delante del que no ha de poder remediarlos. Supla el cariño de nuestros hijos el amor de tu infortunado esposo, y llévalos por la senda honrosa que anduvo su padre. Quisiera estarte hablando toda la noche, por ser la última en que te dirijo la palabra; pero hay otros deberes que me lo impiden. El que vivió caballero es menester que muera cristiano, y el merecerse á Dios exige meditadas y supremas preparaciones. Tuyo hasta exhalar el último suspiro.—*Diego.*

Después de desahogar así su corazón con su esposa, ya no pensó sino en desahogarse con su Dios. Aquellas horas postreras de su vida revelaron en Leon al caballero de las épocas de fe en que el creyente no estaba á menor altura que el soldado; en que el campeón, después de haber arrollado á su enemigo, iba á caer de rodillas en presencia de su Dios. Después de la conveniente preparacion, y manifestando la mucha importancia que daba á este hecho de su vida religiosa, acercóse humilde y compungido al confesor para desahogar su conciencia, y recibir la santa absolucion. Allí el pecador, en presencia del sacerdote, se presentó mas grande que el general en el campo de batalla.

Á la una de la madrugada quiso retirarse á descansar, diciendo al general Roncali que le acompañaba:

—Hágame V. el favor de despertarme á las tres.

Á la una de la tarde del día 15 se le hizo subir en un coche para acompañarle al suplicio.

Hombres envejecidos en los combates, veteranos que no habian temblado ante un ejército de carlistas, lloraban como unos niños.

Leon manifestaba serenidad, pero no arrogancia. Habia visto la muerte muy de cerca en el campo de batalla; jamás se amilanó ante ella; no solo sabia mirarla frente á frente, sino que en muchas ocasiones su bravura de militar llegaba á parecer una provocacion. Mas en el campo del honor la muerte no se le presentaba sombría, muy al contrario, veíala cubierta con la auréola de la gloria. Entonces ya era otra cosa; nunca la muerte ha de presentarse tan triste como al través del aparato de un suplicio. Leon la contempló con el valor del soldado y con la resignacion del cristiano.

Llegado que hubo al lugar de la ejecucion, descendió tranquilo de su coche.

Al leerle el secretario la sentencia, Leon aplicó á su frente su mano derecha para escucharla con la actitud respetuosa que dispone la ordenanza, y al ver que el lector, trémulo, apenas acertaba á leer lo que decia el papel, Leon le dijo:

—Hombre, no hay motivo para tanto gimotear. Si V. no puede, yo lo leeré.

Despues dió con la mayor serenidad dos abrazos á Roncali, diciéndole:

—Este abrazo para mi esposa y para mis hijos.

Abrazó con efusion al sacerdote, diciéndole á su vez:

—Gracias por la mansedumbre que ha sabido V. inspirarme en estos momentos; por haber convertido en cordero al que debió ser un tigre.

Colocándose despues delante del piquete, exclamó:

—Granaderos, no tembleis; haya firmeza en el pulso, y apuntad todos aquí, al corazon. Preparen, apunten, fuego...

Sonó una descarga, y España, que ya entonces no abundaba en hombres grandes, perdió á aquel héroe.

Leon se habia sublevado, es verdad; su muerte fue un acto de justicia, si se quiere, pero conforme dice uno de sus biógrafos, «es una de aquellas justicias de que hasta los

mas ciegos y hasta los mas perversos se arrepienten y se disculpan.»

Para su elevacion y su sosten, Espartero procuró apoyarse en los partidos exaltados y en las masas populares, con lo que realizó una política que no es mas que una série no interrumpida de desaciertos. No tardaron en insolentarse contra él aquellos mismos en quienes se apoyaba. También contra el descontento de las clases del pueblo, contra los partidos avanzados fue inexorable el duque de la Victoria. ¿Es que llegaba su pobreza de inteligencia hasta creer que el suyo era el mejor de los gobiernos posibles? ¿Se figuró que el poder constituia para él una propiedad inalienable?

Lo cierto es que cuando se trataba de derribarle, Espartero se revolvia frenético, manifestaba un rigor el mas extremado.

Los bombardeos de Barcelona y de Sevilla son dos páginas sangrientas de la historia de Espartero, que no pueden menos de recordarse con horror. Y téngase en cuenta que el duque de la Victoria, sin atender á ruegos, desdeñando convenciones, con el bombardeo destruia edificios, arrasaba talleres, se cebaba contra la propiedad, contra la industria, cuando cabalmente el movimiento, por su carácter y por los hombres que en él figuraron, no pudo en manera alguna atribuirse á propietarios ni industriales, pagando estos la culpa cometida por aquellos que por sus ideas y por sus prácticas manifestaban resueltamente contrarios á sus derechos, á sus intereses y á la representacion social que ejercian.

Si la reina Cristina hubo de alejarse de España el 3 de agosto de 1843, el general Espartero, abandonado hasta de sus mismos amigos, amparándose á la sombra de la bandera inglesa, tuvo que embarcarse en el puerto de Santa María para pasar á Inglaterra.

Se le llamó al poder en 1854. D. Domingo Dulce, aquel mismo jefe á quien hemos visto antes elevar á tanta altura su lealtad al ser atacado el palacio de la Reina, mas tarde,

abusando de su posicion de director general de caballería, se dirigió con las fuerzas de su direccion al campo de Guardias, derrocando el Gobierno constituido. Entró el duque de la Victoria en el poder sin mejor preparacion que el año 40. Nada de reformas estables, nada de principios rectamente aplicados, nada de política que se inspirase en las justas exigencias del país. Se reducía todo á la gastada fórmula: *Cúmplase la voluntad nacional*. ¿Pero en qué consiste esta? ¿Cuál es su intérprete? ¿dónde está su órgano? La voluntad nacional ¿eran los constitucionales del año 12 cuando Espartero se prendaba de aquellas reformas? ¿eran los realistas del año 30 cuando él se constituía en su agente? ¿eran la voluntad nacional los moderados que combatian con Espartero el ministerio Calatrava-Mendizábal, ó los revolucionarios del año 40 cuando puso á D.^a María Cristina en el caso de salir de España? ¿era la voluntad nacional la que le elevaba á regente ó la que le arrojaba de la Península?

En 1856 fue sustituido en el poder por O'Donnell. Desde entonces le vemos en su casa, retraido de la política, léjos de las agitaciones de los partidos.

Fue providencial el que en 1868 no se le confiara la regencia de D. Alfonso, como algunos quisieron. Dios escucharia sin duda las oraciones de Isabel II en favor de aquel hijo suyo, á quien apadrinó el gran Pio IX, este Pontífice tan santo y tan querido, y á cuyo Príncipe colocó bajo la tutela del patron de las Españas, el apóstol Santiago. Todo hace prever que la causa de D. Alfonso habria caído en el desprestigio en manos del Duque, que siendo ya viejo, podrá tener mas buena voluntad, pero no debemos suponerle ese tacto político que se necesitaba en momentos tan difíciles, cuando se trataba de hacer frente al empuje de la Revolucion, en una hora en que ella tenia en su favor el influjo de sus victorias y el ardor producido por unas esperanzas que han necesitado tan largo período de desastres para que se convirtiesen en desengaños.

Tal es el hombre á quien se ofreció la corona de España.

Sus partidarios dieron á luz un manifiesto dirigido á la nacion, en que se le calificaba de *ídolo nacional*, de patriarca *que la patria adora*, se le comparaba por su rigidez á Régulo y por su modestia á Cincinato.

El documento pertenece á la historia, debemos consignarlo:

Á LA NACION.

Manifiesto de los diputados constituyentes adictos á la régia candidatura del duque de la Victoria.

«Supremos son para España estos momentos de ansiedad, en que los diputados constituyentes adictos á la régia candidatura del general Espartero apelan al patriotismo de todos para dar solucion democrática á la interinidad, que aplazando la Constitucion definitiva del país, elude el cumplimiento de la voluntad nacional, y gastando las fuerzas vivas de la Revolucion, deja la nave del Estado á merced de lo desconocido.

«Pasaron veinte meses de interregno desde que los caudillos de la Revolucion, iluminados por el espíritu moderno al despuntar en Cádiz el nuevo sol de la *España con honra*, derrocaron el último trono de los Borbones con el empuje de nuestra proverbial pureza; y todavía rige un sistema indefinido de gobierno, á pesar de que si nuestra invencible armada rompió en los mares un cetro de veleidad, y si el ejército libertador hundió en el polvo de Alcolea una corona de ingratitud, la monarquía reapareció escudada con el imprescriptible derecho humano en el zenit constituyente.

«Maravilloso es el ejemplo de cordura dado por nuestra noble patria al mundo, cuando volcada en una dinastía en el calvario de las libertades públicas, emplazado el principio de autoridad ante sus víctimas, y rota en mil pedazos la tradicion por la idea nueva, el pueblo supo ser rey sin dictadura, vencedor sin represalias, constituyente sin uto-

pia. ¡Página gloriosa, escrita á un tiempo por el progreso en su estilo de clásica virtud, por la democracia con su ideal revolucionario, y por la union á la esplendente luz del órden!

«Dicha fue de la nacion que de este modo supo ser fuerte hasta el heroismo y discreta hasta la sabiduría, contar entre sus caudillos á un bravo como Prim, rayo desprendido del progreso sobre la dinastía derrocada, y á un caballero como Serrano, espada de la nobleza al servicio de la Revolucion. El aura popular rodeaba á entrambos, expedito tenian su paso al Capitolio, suya era la palma del mas radical sacudimiento; y no logró la popularidad desvanecerles, ni el trono deslumbrarles, ni el lauro desvivirles. Es que aquí, en nuestro clásico suelo de valientes, la patria de Guzman no tiene un Sila, la cuna de Padilla no mece á un Cromwell.

«En medio de la hidalguía que enaltece al sensato pueblo español y de la gloria que rodea á los caudillos de Setiembre, elévase el arco triunfal de la Revolucion, en que la patria escribe *no mas Borbones*, y se alza la columna de honor que la fama erige al invicto duque de la Victoria. ¡Providencial contraste! El rayo de la Revolucion que hiera á una dinastía perjura, rasga el velo que cubre al ídolo nacional, y muestra al pueblo en el humilde retirado de Logroño la estrella que un dia le guiara á la tierra prometida de su libertad. Así, á los mitos que la ciega tradicion fabrica y que el progreso racional destruye, suceden los patriarcas que Dios conserva y que la patria adora.

«Ningun pueblo en la tierra tuvo la suerte de hallar sobre los escombros de un reinado cruel, entre las rompientes del agitado mar político y junto á los héroes de una Revolucion triunfante, un tipo de virtud austera, de calma augusta y de magnanimidad insigne como el pacificador de España. La reina que al templo de la gloria condujera, se desvanece; el trono que su invencible acero levantara, se mancilla; el reinado que con negra ingratitud le proscribiera,

se derrumba. Por eso el héroe de Alcolea ofrece las primicias de su triunfo al veterano invicto; por eso el paladin de la Revolucion saludó en su triunfal carrera al precursor de su popularidad; por eso el mas sábio tribuno de los demócratas españoles consideró al hijo de la victoria como la encarnacion del pueblo en la moderna monarquía; por eso la patria aclamó á Espartero como áncora de la salvacion en la deshecha borrasca del principio monárquico, y como iris de paz en las contingencias republicanas.

«Una aspiracion purísima puso entredicho á la democrática solucion nacional, apenas en las Cortes constituyentes triunfó la monarquía. La union ibérica, ese dorado ensueño del docto patriotismo, ese puro amor de raza expansivo en el triunfo de los pueblos, esa tendencia sublime á borrar del mapa los límites puestos á la fraternidad del mundo, ese ideal moderno de unir naciones hermanas al calor de su autonomía, todos esos nobilísimos propósitos, que halagan y deslumbran, hicieron buscar en la régia candidatura de D. Fernando de Coburgo preliminares solemnes de union entre España y Portugal. Los adictos á Espartero pusieron la ofrenda de su voto en los altares de la union ibérica; y hasta los persuadidos de que la coronacion de reyes no es la mas acertada fórmula para unir naciones, rindieron pleito homenaje á tan levantadas miras.

«El cetro de la moderna España, con insistencia ofrecido y con solemnidad brindado, no obtuvo la aceptacion apetecida; y hechos recientes, que el error abulta y la pasion encona, han venido á probar que solo el tiempo con su influjo civilizador y el derecho con sus lazos fraternales pueden realizar la ansiada union de los dos pueblos que la naturaleza identificó, la historia entrelaza y el porvenir federará.

«La esperanza de hallar en familias reinantes la solucion feliz que España anhela, hizo que eminentes hombres de Estado fijasen su exploracion en la casa de Saboya. El valor indomable y la lealtad suma de la dinastía italiana, que supo dar el mas firme paso hácia la unidad del pueblo la-

tino y mas atrevido golpe á la teocracia prepotente, deslumbraron á los caudillos de nuestra Revolucion. Por otra parte, Italia es cuna de nuestra gaya ciencia, fue teatro de inclitas hazañas españolas, atraviesa un período histórico semejante al nuestro; y desde este punto de vista pudo ser defendible la candidatura del duque de Génova. El Gobierno la defendió con entusiasmo, la mayoría de las Cortes constituyentes la discutió, la diplomacia la asedió con atractivos; y para dar á solucion tan oficial el aspecto de viable, se obtuvo de los adictos al héroe de Luchana una segunda prueba de la mas ejemplar abnegacion. Pero la minoría del candidato prolongaba la interinidad, su eleccion no respondia al patrio engrandecimiento, el jóven Duque era extraño á nuestras glorias; y como la Providencia, que protege dinastías extranjeras cuando encarnan en el corazon de los pueblos, hizo que esta vez tampoco fuese aceptado el trono de Castilla, tornó á quedar á merced de las eventualidades revolucionarias la corona inmortal de D. Alfonso el Sábio.

«Desde entonces fue general el convencimiento de que ningun príncipe de dinastía reinante pondria ya á prueba la altivez castellana; y replegándose á su caudillo los partidarios de la democrática solucion nacional, insistiendo en su candidato de destronada estirpe régia la fraccion unionista, y encerrándose el Gobierno en la mas impenetrable reserva sobre eleccion de rey, el gran partido monárquico se fraccionó en tres tendencias: Espartero, Montpensier, Interinidad. Harto triste es que al llegar á la solucion monárquica se dividan los que supieron hermanar en la Constitucion sus diversas opiniones políticas; y es aun mas triste que deba resolverse por la Asamblea un punto tan delicado para la coalicion revolucionaria. Pero el fraccionamiento existe, y cada cual debe ir á su puesto de honor: la competencia del Parlamento está prejuzgada, y en él hay que aceptar el combate.

«¿Triunfará la interinidad?... Si el trono ha de ser vana institucion política, si la monarquía ha de convertirse en

sistemático interregno, y si la eleccion de rey no ha de coronar pronto el edificio constituyente, temamos que la historia nos acuse de marchar por camino de negaciones á la Restauracion, que es la ignominia, ó á la república, que es la palinodia. ¡Y si al menos la patria prosperase!... Pero la interinidad alienta á la reaccion, incita á la demagogia, conmueve al país; y llevándonos por un mar de lágrimas á merced de vientos trastornadores, precipita la nave de la Revolucion en el abismo de interregnos, que costaron grandes pérdidas al mundo. Por eso acaso sigan: el capital retraido, la industria desfallecida, el comercio paralizado; tal vez por eso la deuda crezca, el presupuesto aumente, el pánico cunda y la tempestad avance. ¿Y qué valen el noble afan, el esmerado estudio, la abnegacion sublime del Gobierno? Todo se hunde en el informe caos de la interinidad, solo aceptable para evitar mayores males á la patria.

«Frente á la interinidad, la union liberal levanta el trono de Montpensier; y fuerza es confesar que sus mantenedores tienen tacto, perseverancia y fe. Pero ¿qué importa? La Revolucion dijo ¡abajo los Borbones! y Montpensier es Borbon: los descendientes de reyes proscritos despiertan históricos recelos, y Montpensier es hijo del destronado Luis Felipe: España es conscientemente opuesta á reyes extranjeros, y el hermano político de D.^a Isabel de Borbon es francés; la patria de Daoiz se desangró en la lucha de régios pretendientes, y el duque de Montpensier pretende nuestra suprema magistratura. Y si esto no bastara, ¿cómo negar que el carácter democrático de la nueva monarquía requiere popularidad para ensayarse, y gloria para trasmitirse? ¿Cómo ocultar que el entronizamiento de dinastías extranjeras se justifica solo por la obtencion de ventajas nacionales? ¿Cómo ignorar que las revoluciones modernas coronan al genio por sus grandes azañas, ó á los príncipes por su poderoso valimiento?... Pues bien; estas y otras consideraciones hacen que la régia candidatura del duque de Montpensier no responda á los altos fines de la Revolucion de Setiembre,

por mas que los ilustres mantenedores de ella funden su honrada adhesion en los atributos esenciales de la monarquía.

«Solo Espartero puede ceñir la corona de España con aplauso de la nacion, porque llena al mundo con sus proezas, á la historia con sus virtudes y á la Revolucion con su prestigio. Sus hazañas responden á nuestros heróicos tiempos, su rectitud conmemora el patriarcado liberal, su fama simboliza la popularidad del genio. La patria ve en su modestia el advenimiento de ansiadas economías, el pueblo espera de su rígida virtud el triunfo del bien, España anhela coronar su constancia para que impere en el trono la lealtad. Salido de las masas populares, la multitud le aclama por su jefe; formado en el campamento de la victoria, el guerrero le llama su caudillo; víctima de la ingratitud borbónica, la libertad le tiene por un mártir; pobre por el sacrificio de su fortuna en aras del país, la abnegacion le cuenta entre sus héroes. ¿Quién como él ciñe á sus sienes la corona de invicto esmaltada por la virtud? ¿Quién, como él, se eleva desde soldado á pacificador de un reino, y pasa de la regencia al ostracismo, y desciende de la omnipotencia oficial á la vida dulcísima del campo, sin exhalar un ¡ay! de dolor, sin buscar en su fama el desagravio?... ¡Ah! Los que como Espartero reinan en el corazon nacional, son reyes de derecho en el alto sentido moral del constitucionalismo democrático.

«Pero no acepta la corona, se dice, no quiere ser rey, «aunque le elijan las Cortes constituyentes.» Medite el país, abriendo el libro de la historia, lo que en su fondo revela el argumento. Altas conveniencias políticas exigen parsimonia al contestarle: y aunque la carta á que responde la negativa del invicto Duque se presta á justos comentarios, conviene ceñirse á dos hechos importantes: con el Pacificador de España no tuvo el Gobierno las consideraciones oficiales guardadas con los candidatos portugués é italiano; y al mas alto tipo de la abnegacion contemporánea se le pre-

guntó si aceptaría el reino, sin ofrecerle apoyo las legítimas ilustraciones revolucionarias. Ante la elocuencia de estos dos exactos precedentes, ¿era posible que el Patriarca liberal dijese «acepto?» Él que pudo recoger el cetro español cuando su reina enemiga estuvo desarmada por el pueblo triunfante, ¿había de desmentir su proverbial modestia aceptando la eleccion que no se le ofrecia? No conoce bien lo que el general Espartero honra á su patria, el que espere un «sí» á que no precedieran las atenciones merecidas por candidatos extranjeros. Y si realmente un deber de conciencia hace decir al retirado de Logroño que no admite tan elevado cargo, porque sus muchos años no le permiten desempeñarlo, ¿no es este el mas sublime ejemplo de rectitud?...

«¡ Dichosos los pueblos en que late un corazon tan rígido cómo el de Régulo, tan modesto como el de Cincinato! Quien alma tan pura abriga, es el llamado por Dios á regir nuestros destinos. ¿Y qué importa se escude con sus muchos años, quien todos los consagró al servicio de su patria? ¿Qué importa se escude con un deber de conciencia, quien sabe la tiene el país formada de que los mejores reyes son los mas rogados? España tiene en el *Campo de la Jura* el mas sublime rasgo de nacionalidad, y en la *Insistencia de Géricos* un camino de gloria; demos al mundo el grandioso espectáculo de aclamar por rey al valiente como Pelayo y retraido como Wamba; y la Revolucion mas justa acabará con la coronacion mas merecida. Coronémosla en las sienes de Espartero, seguros de que acatará el decreto de la patria.

«Fue el primero en decir «cúmplase la voluntad nacional;» y, ¿había de rebelarse contra ella? Fue el mas respetuoso antela majestad de las Cortes constituyentes; y, ¿ha de desoir su soberano llamamiento? Pudiera ser indispensable al fin de la jornada su invencible acero, y, ¿habrá de rehusar la corona, que en su frente venerable es símbolo de paz? Imposible. La patria tiene derecho á imponerle sus designios, y él los cumplirá. Esta conviccion que la vida de Espartero abo-

na, es tan profunda en sus adictos, que al dirigirse á la nacion, en estos solemnes instantes, creen conscientemente que la voluntad nacional será cumplida, si la salud de la patria exige que sea rey el caudillo de sus libertades.

«Verdad es que el venerable duque de la Victoria está en edad propecta, y es no menos cierto que no tiene descendencia: pero indudablemente, dada la situacion del país, es providencial que reuna tales circunstancias el Patriarca del progreso democrático. Á las cumbres de la senectud honrada no llega el oleaje de la vida; pues la ancianidad en el virtuoso es prenda de acatamiento en el justo, y el templo de la vejez inspira al alma los mas puros sentimientos. Por otra parte, es un error creer que los cataclismos políticos que derriban reyes, no quebrantan monarquías; pues el sacudimiento social se verifica en el fondo de las instituciones, y no es posible quitar á estas su techumbre sin conmover sus cimientos.

«Esto así, ¿quién piensa en implantar súbitamente dinastías sobre nuestra movida base monárquica? ¿Cuánto mas lógico es rehabilitar el principio monárquico bajo el cetro de una gloria nacional, que sea puente de virtud en el tránsito á las estirpes régias? ¡Ah y cuán ciegos caminan los que creen dominar hoy dinásticamente todos los elementos desatados contra la Revolucion!... Venga un rey que á nadie infunda recelos; un rey que á todos inspire veneracion; un rey que acredite las nuevas instituciones revolucionarias; un rey que en derredor de su prestigio vea desenvolverse la idea nueva; un rey cuya duracion sea la bastante á preparar el tránsito á mayor perfectibilidad política, á llegar sin violencia al suspirado término de la union ibérica, ó á fijar definitivamente los modernos límites constitucionales; un rey, en fin, que entregue gustoso el cetro á mas venturosas soluciones, y cuyo recuerdo levante en la ESPAÑA CON HONRA un muro inexpugnable contra los Borbones.

«Á la nacion toca ejercitar sus derechos para alcanzar tan levantados fines. Pida lo que anhela, manifieste lo que ama;

y pues que su anhelo es la virtud, y su amor la gloria, esté seguro de que sus votos serán oídos. Se trata de la honra, que es su noble patrimonio; se trata de la libertad, que es su mas alto fuero; se trata del porvenir, que es su inmortalidad; se trata del rey, que es la mas augusta personificación de su grandeza. Cuando á períodos tan sublimes lleguen las naciones, quien calla, abdica; quien duerme en la apatía, despierta en la abyección. Pida respetuosamente el pueblo que se corone á su Patriarca; manifieste la adhesión íntima á la egregia candidatura del hijo de la victoria; insinúe á sus diputados cuán grande será su júbilo, si votan para rey de derecho al que impera en sus corazones.

«La hora de la gran solución se acerca, y es preciso que el oleaje majestuoso de la opinión pública conduzca á puerto de elección al que en el recuento de la virtud y bajo el laurel de la victoria es imagen de nuestros héroes inmortales. Llegue también al solitario de Logroño la ola de aclamación; sienta su alma los latidos del corazón de un pueblo que le adora, y repítanse en la dulce mansión del veterano invicto los ecos acordes de la voluntad nacional.

«Si en el camino de esta imponente actitud legal hay tercetos que disuadir, preocupados que convencer ó débiles que alentar, disuádalos el afecto, convénzalos la razón, aliéntelos la patria. Sea este el norte que guíe á la gran familia liberal en nuestra profunda crisis, como lo es para los constituyentes que al suscribir este manifiesto, juran en el santuario de su conciencia QUE ESPARTERO REY ES ESPAÑA CON HONRA.

«Madrid 30 de mayo de 1870.—Pascual Madoz.—Francisco Salmeron y Alonso.—Juan Contreras.—Joaquín Garrido.—Blas G. de Quesada.—Vicente Peset.—J. María Villavicencio.—Luis de Molini.—José Rosell del Piquer.—Miguel Díez de Ulzurum.—Diego García.—Joaquín Sancho.—Manuel del Vado.—Julian Martínez y Ricart.—Luis D. Amoeiro.—El marqués de Valdeguerrero.—Francisco Barrenechea.—Justo T. Delgado.—José Riber.—Rafael Rodríguez de Mo-

ya.—Antonio Beitia y Bastida.—Vicente Morales Diaz.—Juan de Mata Alonso.—Luis Anton Masa.—Juan Paradela.—Miguel Jalon, marqués de Torreorgaz.—José María Carrascon.—Manuel María Grande.—Manuel Pascual y Silvestre.—Lesmes Franco del Corral.—Joaquin Bueno.—Manuel Sanchez Guardamino.—Enrique Nieulant.—Jerónimo Sanchez Borguella.—Atanasio P. Cantalapiedra.—Demetrio Macía Castelo.—Jerónimo Torres.—Juan Palou y Coll.»

Es preciso convenir en que la candidatura del duque de la Victoria, solo la acariciaban los firmantes del manifiesto y algunos nacionales ascendidos hoy á veteranos. Las personas formales nunca la tomaron por lo sério. Los conservadores de todos los matices, muchos progresistas, y hasta los radicales, esta candidatura la envolvian en el ridículo. Los republicanos mismos estaban tan resueltos á no condescender, no ya con la institucion monárquica, pero ni aun con su nombre, que ni siquiera un rey como Espartero quisieron aceptar, y manifestaron que aunque á su modo de ver Espartero rey no podia ser mas que una parodia de monarquía, ellos por su parte no consentian en que en España tuviesen lugar juegos tan impropios de una nacion algo seria.

Espartero no aceptó una corona que no le ofreció ni el Gobierno, ni siquiera un partido, sabiendo, como habia de saber, que en favor de su candidatura, ni aun se trabajó en prepararle algo de entusiasmo popular, siquiera fuese este entusiasmo puramente artificial.

La candidatura Espartero tenia la ventaja de ser bastante inocente. Serrano, los conservadores, los progresistas, los republicanos, Prim mismo, se limitaron á reirse de ella. Pero se pensó en otro candidato que el proponerlo, trajo consigo una série de complicaciones: tal fue el príncipe Leopoldo Hohenzollern Sigmaringen.

Pudo creerse en un principio que la tal candidatura no pasaba de una broma de los republicanos, que habian ido á buscar el nombre mas estraño del almanaque de Gotha, con

el fin de ridiculizar la institucion monárquica; mas no fue así. La candidatura se propuso; llegó á aceptarse; fue un hecho que inauguró para la Europa una cadena de perturbaciones que no han terminado todavía.

Dirémos dos palabras sobre los Hohenzollern.

Dividense en dos ramas, la de los Hohenzollern Hechingen y la de los Hohenzollern Sigmaringen. El candidato español pertenecía á la segunda. Hoy las dos ramas forman parte de la familia real prusiana, á la que con esta condicion cedieron los estados que llevan su nombre, que están fronterizos al Wurtemberg y al gran ducado de Baden, y donde al amparo de una estensa cordillera y á favor de las aguas del Necker y el Danubio, se encuentra un terreno, que aunque estéril y peñascoso, se halla bien cultivado.

En la época de la cesion, el jefe de los Hohenzollern Sigmaringen era Cárlos Antonio. Su madre fue Antonieta Murat, hija de una hermana de Napoleon I y de Joaquin Murat. El príncipe Cárlos Antonio casó en 1834 con la princesa Ana de Baden, de quien tuvo seis hijos, tres hembras, una de las cuales era la difunta reina de Portugal, y tres varones, que son Leopoldo, Cárlos y Antonio. El candidato español nació en 1835. El padre del príncipe Leopoldo tiene dos hermanas llamadas, Carolina la una, viuda del príncipe Federico de Hohenzollern Hechingen, y Federica la otra, casada en 1844 con Joaquin Napoleon, marqués de Pépoli, y nieto, como ella, de Murat.

La venta de su pequeño principado al rey de Prusia enriqueció su casa, que era muy rica ya desde principios de este siglo, primero, por haberse aprovechado de la venta de los bienes eclesiásticos, y además porque con el enlace de una princesa de la familia Bonaparte recibieron una buena pension de Napoleon I.

Ocupaba Leopoldo el puesto de coronel de la guardia del rey de Prusia.

El príncipe es católico, y llega á veces en sus prácticas de piedad hasta la exaltacion.

Ya en marzo de 1870 tuvo conocimiento Luis Bonaparte de que se urdía la candidatura de Leopoldo. Á una orden del Emperador, el embajador francés Benedetti se presentó en el ministerio de Negocios extranjeros, avistándose allí con el subsecretario Thile, á quien comunicó los temores de la Francia. El subsecretario contestó bajo palabra de honor que nada sabia de proyecto semejante, y que no le daba el menor crédito. Viéndose despues Benedetti con el conde de Bismark, hablóle del mismo asunto, contestándole Bismark que efectivamente era cosa que se habia tratado, pero que él nunca convino en permitir que el príncipe Leopoldo fuese á perderse en semejante aventura, añadiendo el famoso diplomático aleman que el rey Guillermo y el padre del Príncipe eran de igual parecer. Ni Serrano, ni Prim, decia Bismark, están por llenar el vacío trono de España, pues de esta manera ellos son los verdaderos reyes.

Prim, conspirador por carácter, solia conspirar hasta en el Gobierno. Sus proyectos los realizaba á espaldas de las Cortes, cuidábase poco de estudiar el estado de la opinion pública, y ni siquiera el medio de encaminarla; el modo de ver de la prensa periódica no lo tuvo jamás en gran aprecio. Gustábale obrar entre tinieblas; todo lo que se envolvía en el misterio le cautivaba.

En julio de 1870, las Cortes se habian suspendido despues de explícitas declaraciones del general Prim, asegurando no tener monarca ni abrigar esperanza alguna de encontrarlo. Desde bastante tiempo Prim habia pedido al Regente y al Gobierno autorización para ir en busca de un príncipe que fuese católico, mayor de edad y perteneciente á alguna de las familias reinantes en Europa.

Mucho antes de la época á que nos referimos, cierto diputado conservador habló en el salon de conferencias en tono zumbon de la candidatura de un príncipe Hohenzollern, que el Sr. Salazar y Mazarredo habia presentado en un folleto como muy aceptable. La conversacion empezó á animarse; degeneró pronto la discusion en disputa, y no faltó quien

dijo que la candidatura Hohenzollern era una demencia. El Sr. Salazar, único que defendía en aquella ocasión al Príncipe alemán, dióse por resentido, resultando de ahí un lance desagradable que pudo componerse, gracias á la mediación de buenos amigos.

Desde aquel día el Sr. Salazar y Mazarredo, que contaba con poderes del general Prim, tuvo mayor interés en probar que la candidatura Hohenzollern era realizable.

El Sr. Salazar y Mazarredo ha mostrado siempre particular afición á vivir en las alturas de la diplomacia, á andar por las cortes, á tomar parte en las relaciones que median entre las potencias. Le gusta mas leer una nota ó un memorandum ante un embajador ó un ministro, que pronunciar un discurso en una Cámara. Ha viajado mucho por América; tiene recorridas la mayor parte de las cortes de Europa; conoce á casi todos los príncipes europeos. Trátandose de buscar por candidato un hombre de régia estirpe, nadie como Salazar conocía el género.

En una de sus escursiones contrajo amistad con Leopoldo de Hohenzollern. El carácter romántico del Príncipe, su pasión por las artes, su amor á las letras interesó al Sr. Salazar y Mazarredo, quien creyó ver en él un excelente rey para el trono vacante.

Propúsose el negocio al Príncipe, quien creyéndolo algo peligroso, lo rechazó en un principio. Pero mezclóse en el asunto su esposa. Esta es la princesa Antonia, hermana segunda del rey de Portugal.

Ejerce la Princesa extraordinario ascendiente sobre su marido, cuyo carácter es dulce y afectuoso. Fácilmente se dejó persuadir Leopoldo, mayormente cuando la Princesa puso en juego todos los recursos que le inspiraba el sentimiento de su amor propio ofendido; pues la esposa de Hohenzollern, al verse considerada en la corte de Prusia solo como consorte de un hijo segundo de príncipe, se siente desairada, hasta el punto de que resiste siempre presentarse entre los individuos de la familia real, para no representar

HISTORIA DE ESPAÑA. HISTORIA

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

LA VIGILIA POR ESPAÑA

EL REMEDIAMIENTO

LA GUERRA DE LOS DIEZ AÑOS

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso por D. Rafael del Castillo.

Esta obra sale cada mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.— Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto de manera que no puedan malograrse.— En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.— Van publicadas 51 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

La presente obra se reparte por entregas de ocho páginas en folio, de abundante y clara lectura, impresas con tipos enteramente nuevos y en papel satinado. Constará de 300 entregas, y la adornarán mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas.

Cada entrega cuesta un real en toda España, repartiéndose dos semanalmente.— Van salidas 287 entregas.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Salen 4 entregas semanales á medio real una. A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas salidas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.— Van publicados tres tomos.

EL REMORDIMIENTO

Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra.— También se facilita ir adquiriéndola por suscripción, tomando á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real una.